

La Gaceta Literaria

iberica: americana: internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

40 CENTIMOS

SUSCRIPCION
ANUAL... España y Países del Convenio postal Hispánico americano... 7,50 ptas - Extranjero... 10,00 -
ANUNCIOS DE TARIFA... 75 pts. la línea del cuerpo. Pólizas de suscripción. Descuentos trimestre, 10 - semestre, 15 - anual, 20.

Madrid, 1 de Noviembre de 1931 Núm. 117

Redacción y Administración:

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44

Donde debe dirigirse toda la correspondencia

Se reciben suscripciones en las principales librerías

El Robinsón literario

de España

(o la República de las Letras)

Núm. 3



Examina y Dole. Propone.

Número especial

redactado íntegramente

por **Erneslo**

Giménez Caballero

Mi oráculo manual

Las manos en un Robinsón representan casi todo. Ya que hasta las ideas tiene un Robinsón que hacerlas manuales, manejables, para que le resulten eficientes. Recrear la vida a fuerza de manos. La mente se le transforma en brújula de las manos. Pues son las manos el instrumento elemental de su vivir. Pero llega un instante, al atardecer, y mirando al mar sin límite, tras la fatiga de la jornada manual, en que, sentado bajo unas palmas, se encuentra el Robinsón las palmas propias de sus manos, ociosas. Descubre sus propias manos, en reposo, en inútil economía.

¿Cuál es la izquierda, cual la derecha?—se pregunta, perdida ya la noción laterálica, unidas como las tiene en único sentido cooperador de su vida, ambidestradas, unilaterales.

La mano derecha no le sirve más que la izquierda. La izquierda no le resulta menos noble que la derecha.

En la problemática de una existencia urgente y heroica, ambas manos depusieron toda rivalidad y aceptaron la disciplina de la ecuación, de la integración, del servir a un todo; a un sistema cerrado, a una vida en marcha totalitaria: la del Robinsón frente al Cosmos.

El Robinsón recordaba la lucha de sus manos—cuando vivía en sociedad—. En discordia con las manos de los otros hombres.

A veces, la derecha lo quería ser todo. Abogaba para sí haber sido la mano de Dios Padre Todopoderoso, la *diestra*, la mano a que se sentaba la divinidad. Privilegiaba para sí haber sido la mano de la espada, de la amistad, del constructor. Mano de rey—no mano de marinero, como la izquierda—. Y para resaltar sus prebendas insultaba a la otra, llamándola zocata, zamba, zurda, torpe, mano del diablo: mano *sinistra*.

A veces era la izquierda quien todo quería asumir en el sistema manual del cuerpo robinsónico. Invocaba el haber estado adscrita a Júpiter, el estar más cerca del corazón que la otra mano, el haber sido refugio de humildes y signo de habilidad.

El resultado de esta discordia de mis manos era el fracaso de todo servicio integerrimo, la incompletez de las obras, el dejar manco todo propósito entero de mi voluntad corpórea.

Adopté entonces el método ignaciano, la gran experiencia tradicional, o sea: que lo que hiciese la mano derecha no lo supiese la izquierda. Y, al contrario, que lo que hiciese la izquierda lo ignorase la derecha.

Pero ese método me resultó falso. Cuanto más ocultaba la derecha sus quehaceres, más la izquierda los sabía. Y cuanto más la izquierda disimulaba los suyos, más la derecha se irritaba de saberlos.

La fatalidad de mi naufragio en esta isla hizo que la necesidad resolviese tal pleito. Hizo que, olvidadas las manos de sus particulares destinos, colaborasen conmigo fielmente en el cumplimiento de mi destino general, que era, a la postre, el suyo.

Un día, recorriendo esta isla de mi desventura, di en una caverna. Cuál no sería mi asombro al contemplar en las paredes negras unas manos estampadas ocre, rojamente. Era el rito rojo-negro de las manos prehistóricas, de mis antepasados los cavernícolas, que ya vieron en las manos un culto integral.

Y ello me hizo recordar lo que decía Virgilio de las manos enlazadas: *Junximos hospitio dextas*. Y Tácito: *Dextas concordia insignia*. Es lo que quiso luego realizar el gótico con su ojiva, dos manos en oración sobre un mismo pecho. Y lo que luego reconocía Goethe: *Eine Hand wäscht die andere*. Y lo que tras de la guerra—tras de los sistemas mancos, de política liberal o conservadora, izquierda o derecha, trabajadora o capitalista—quisieron realizar comunismo y fascismo, sistemas integrales, de manos a la obra, de "many hands make quick work", de "multae manus onus levant".

También España supo algo de esto—como ahora el Robinsón lo sabe—cuando ante la necesidad de vencer o morir tuvo que poner sus manos en sistema de cuerpo, o corporativo.

Cuando frente al peligro luterano hubo de hacerse, no reformista, sino reformadora. Cuando frente al peligro moro hubo de hacerse no liberal, sino liberadora. Cuando frente al nuevo mundo, recién descubierto, tuvo que acoplar—¡gran Robinsón, el de la gran España frente a la naturaleza virgen!—sus manos: la secular y la espiritual, el soldado y el misionero, el pueblo y la prez, para, entre las dos manos, mantener un mismo cuerpo, el imperio ineludible de una voluntad total.

¡Quién dijo de separar las manos! ¡De escindir la lateralidad del cuerpo y desdoblar en guerra manual—civil—los servicios de ambos miembros!

El Robinsón, conmovido, contempla sus palmas fieles, adormecidas de trabajo, como doblegadas criaturas suyas que son, mientras cae la noche sobre la isla. Adormecidas de paz sobre el regazo corpóreo.

¿Cuál la derecha, cual la izquierda? El Robinsón ha olvidado sus nombres. Y las acaricia con los ojos, en lírico silencio, como acaricia un padre lo filial: lo indivisible.



PARLAMENTARISMO Y CAFÉ CON LECHE

Todo en el parlamentarismo tiene un aire doméstico, casero, de tabuco cerrado, de olor a alcoba y a promiscuidad, de recuerdo a política palatina de antaño, cuando el rey formaba Gabinete, con sus camarillas, en la cámara.

Gabinete, cámara, escaño, cortes (patios), parlamento (locutorio)... ¡Qué poca ventilación todo ese edificio!

De ahí se explica que un Parlamento, por muchos grupos hostiles y heterogéneos que tenga en un principio, resulta a la postre homogéneo y compadreado. ¡Son muchas noches de usar la misma camada cuatrocientos hombres! ¡Son muchas horas de promiscuidad en ambiente cargado y denso! Vuelvo a insistir en la ventaja higiénica y en la eficiencia política que tendría en España restaurar el ágora, la plaza abierta, el pórtico, el concejo al aire libre, el concilio bajo un árbol de libertades, la reunión en una plaza de toros.

O por lo menos habilitar algún castizo café madrileño—con terraza y limpiabotas y loteras—para nuestras sesiones parlamentarias.

Porque, en último término: ¿de dónde han salido nuestros diputados antes de ser diputados? Pues del café. De la tertulia del café. De las minorías de café.

Toda la psicología de nuestro parlamentarismo trasciende a café con leche. Desde el siglo XIX. Fontana de Oro, Fonda de San Sebastián, Fornos, Granja el Henar.

Sería ennoblecer el café español, transformarlo en ágora parlamentaria española. Mucho mejor que transformar el Parlamento en café con limpiabotas, como ocurre ahora.

Ya que el Parlamento, por fatalidad constitutiva, tiende a las intimidades, a la *Chambre et au Cabinet*, por lo menos darle la variante netamente hispánica del café lleno de hombres, con alguna mujer y algún cura de vez en vez. Siempre será preferible a transformarlo en sala capitular, en sacristía o en cuarto de banderas. O en castizo casino español, con salas de los prohibidos.

EXEQUIAS AL GRAN ROMANONES

Guadalajara retira a privado la estatua de su señor el conde. El señor conde parece que retira a privado su propia efígie. Ello, sin duda, parece decir que el señor conde de Romanones se retira de su tierra, y se prepara a la campaña electoral celeste de la otra vida.

Yo no sé si en la otra vida tendrá más fortuna y tino que tuvo en esta. Me parece difícil.

Porque ahora que se va cantando por ahí el responso a Romanones es el punto de hacer su panegírico, de cantar—sí, amigos—toda su grandeza.

Yo no conocí la grandeza de Romanones hasta su última hora, la de la muerte. Que a los grandes hombres sólo en ésa se les conoce. Y aun hay hombres cuya grandeza sólo después de muertos es grande.

Hasta entonces yo había tenido una

idea mezquina de Romanones. Había tenido a Romanones por un mezquino.

Recuerdo cuando me quiso ayudar a pagar todos los gastos de LA GACETA LITERARIA, con sesenta pesetas, en siete suscripciones. Claro está que le regalé veinte de esas suscripciones, trece más de su deseo.

Recuerdo aquella su tertulia de su casa, a la que asistí una o dos veces, donde tanta mezquindad se refugiaba y donde su ojo biroque bailaba de risa.

Recuerdo la carta—la única carta, pero furibunda—que le escribí sobre su pretensión liberalismo de señor feudal.

El no la tomó en cuenta. Me saludaba siempre afable.

Recuerdo cuando bajo su Gobierno, en el 23, me querían echar ¡dieciocho años! a la cárcel por mi libro sobre Marruecos. Liberalmente. Recuerdo su paso famoso y popular por la vida española, poniendo el pie sano que tenía a los sanos y el pie cojo a los cojos, para que se cayeran y riera el pueblo.

Ahora veo que aquel modo de hacer el paso tenía sello señorial, estilo. Romanones supo divertirse y entretener al pueblo—gran característica de los verdaderos señores, dominadores.

Pero su grandeza—más que en esa de linaje, heredada—estuvo en su gesto personal y sublime, antes de morir.

Estuvo cuando salvó al rey para salvar la República. Estuvo cuando salvó la República para salvar al rey. ¡Qué genialidad de doble filo! ¡Qué modo de hacer apaleados a los cornudos!

El rey supo perfectamente que Romanones le echaba, le perdía. Que Romanones se vengaba del puntapié dictatorial de antaño.

Pero el rey tuvo que reconocer en el perverso Dolfos su grande y único salvador. Pues sólo dejando España con nubes, pero sin diluvio, sin efusión de sangre y sin guerra civil, le podía quedar una esperanza de vuelta: la única, la de la paz, la de una pacificación posterior.

(Romanones sonreía con sabiduría magna cuando le tiraban los pobres cortesanos de las solapas.)

Lo mismo hizo con la República. La República tuvo que reconocer en Romanones su salvador. El hombre que, de la noche a la mañana, le entregaba un poder intacto, sin hacerla derramar una gota de violencia, al hombre que le daba la alternativa para que de ahí en adelante pudiera ser matadora.

La gratitud republicana cuajó en el acta que le dió en su Parlamento. Romanones sonreía bajo la República con la misma sonrisa que bajo la monarquía, como si pasado no hubiese nada.

Pero la República comenzó pronto a adivinar lo que Romanones, suavemente, le había dejado en manos, una buena mañana de abril. Simplemente: el diluvio. Moneda rota, huelgas, hambres, separatismo, guerra civil... el diluvio, sí, diario y universal.

Romanones se retira, le retiran. No importa. Ha perdido todo menos su sonreír. El sonreír genial de su ojo biroque.

Rey y República, sus dos adversarios—al irle a estrangular tuvieron, al fin, que abrazarle. Y hasta darle su bendición.

LOS NUEVOS MAURISTAS

Los embajadores e intelectuales de Lerroux van abandonando poco a poco al ilustre anciano. Y comienzan a agruparse bajo otra sombra más caliente, más joven y que no se pueda morir tan pronto, que les pueda conservar más tiempo en sus destinos nacionales: la de Miguel Maura.

Porque ya lo dijo Sánchez Guerra a los intelectuales: nada de servir a señor que pueda morir. Y Miguel Maura ofrece una juventud, una energía y un vigor que, desgraciadamente, ¡ay! no puede ofrecerles don Alejandro.

Lo curioso de los intelectuales en España es que, pareciendo siempre, por sus voces, estar partiéndose el pecho a la intemperie por "el pueblo", por "el humilde", en cuanto aparece un brásero con camilla, en el horizonte, lo que hacen es correr tiritando a agruparse en su torno.

Miguel Maura ha cobrado un prestigio raro y subitáneo entre nuestra intelectualidad. La cual le concede todo y le perdona todo. Le perdona hasta llamarse Maura.

Pero le perdona porque nuestra intelectualidad selecta podrá ya denominarse—irónicamente y sin peligro alguno—maurista. ¡Gran sueño insatisfecho, satisfecho al fin!

Los anteojos



Veo a Domingo Barnés condenado por desconfiado

Veo a Domingo Barnés muy condenado. Muy evasivo. Muy áspero. ¡El—que era todo afabilidad, amabilidad, suavidad, sonrisa, atención, discreción, cortesía—cuando se le visitaba en su despacho de La Lectura, cuando se le saludaba en el encantador Museo Pedagógico!

De la emisión en serie que hizo de "sonrisa sacra" el fundador de la Orden—San Francisco Giner—el tipo correspondido a Domingo Barnés era de lo más acabado, exquisito, exacto. Tal vez sólo superaba—a la sonrisa de Barnés—la de Fernando de los Ríos.

Pero desde que un día abandonó los Clásicos por Manuel Azaña y la lectura de la Lectura por la de los contemporáneos—el amigo Barnés fué perdiendo en alegría y en virtudes cariñosas.

Digo esto por mi propia experiencia personal. ¡En vano intenté aproximarle! Telefonazos, cartas... Nada. La evasión por respuesta.

¿Qué tenía uno que decirle? Primero, el gozo de verle encumbrado. Pero después: dos cosas. Una, referente al cine educativo. Otra, referente a los sefardíes. (Como el Robinsón, en su soledad, no tiene secretos, cuenta las cosas en voz alta a las aves de su isla.) Cuando yo hice el Comité de Cine educativo, la primera personalidad con quien conté fué con el querido y admirado Barnés. Acudía a nuestras sesiones y las subrayaba de fervor y de esperanza.

Al llegar a instructor público oficial, creyó uno que sería un hecho el desarrollo de aquel germen fecundo. Pero pronto empezó a ver uno que la criatura había salido inclusera, que el enchufismo sigiloso vigilaba, que la paternidad estaba a punto de borrarse... Llamé, llamé angustiado, desesperado, al teléfono... ¡Hijo, cine mío, hijo!... Pero: la evasión por respuesta.

Cuando vino hace pocas semanas el rabino Djaen—ilustre masón sefardí de Bucarest—se le ocurrió visitar al ministro de Instrucción pública para solicitarle envío gratuito de libros. Naturalmente, Marcelino Domingo, siempre generoso y decidido, se los otorgó.

Apenas me lo dijo Djaen, puse el grito en el Ministerio. ¡Alto, aguarden, miren, que los editores españoles tienen allá una Exposición de Libros para venta, y no van a vender ni medio, si se los regalan previamente a los posibles comprado-

res! ¡Esperen, esperen—ayuden antes a esa Exposición a salir a flote—y después todos los regalos! Nada. La evasiva por respuesta.

¡Ah, evasivo Domingo Barnés, ah, querido Domingo Barnés! ¡El Robinsón piensa a ratos que sólo por salvar el alma de Domingo Barnés habrá algún día que hacer una revolucioncita, algún pequeño Tribunal del Santo Oficio, que lo reduzca otra vez a "sonrisa sacra", a despachito de Lectura, a paternidad nuevamente cariñosa!

Veo a Díez-Canedo de legionario

Veo a Enrique Díez-Canedo, al suave y sutil Enrique Díez-Canedo, de legionario.

Desfilando por el Arco del Triunfo, junto a la Tumba del Poeta desconocido—al son del tambor y del clarín: ¡son de la Madelón!

¡Plan-plan-plán! ¡Rata-plan-plan-plán!

Todas sus enormes lecturas francesas acumuladas en la cabeza como un casco de trinchera. La guerrera agujereada de epigramas. En el ojal, una cintita roja de esas de las cajas de marrón-glaci—que es la utilizada por los franceses para sus legionarios de honor.

Veo a Díez-Canedo, al sutil y suave Díez-Canedo, desfilando deslumbrante por el Arco del Triunfo, magnífico legionario. Mientras Albiñana, entre barrote, se muerde los codos y se rasca de rabia las pantorrillas—¡siempre al son de la Madelón!

Veo muchos consejeros. Pero más salvajadas

Veo que el sutil y suave—Enrique Díez-Canedo—además de legionario ha entrado también en la escuadra de nuestros consejeros de Instrucción pública. Además de él, Sánchez Arcas, Luzuriaga, y muchos más cuyos nombres siento olvidar.

Al mismo tiempo que leo esas noticias en La Voz, de Madrid, leo las noticias que La Voz, de Madrid, da todas las noches de las salvajadas magníficas de nuestros indígenas patrios. (Que yo recorto para archivo surrealista.) Unos campesinos andaluces, cortan las patatas a las reses vivas. Un individuo enlaza corredizamente el cuello de un niño a una camioneta en marcha. Unos tales de Granada prenden fuego a un viejo. Otros, de no sé dónde, atizan un puntapié a un ciego sobre el vientre. Otros, de por allá, abusan de una chiquita hasta dejarla como un acerico.

Y al compás alterno de tales noticias, por cada noticia, un nuevo consejero de Instrucción pública para España.

¿Está ya lista y completa esa escuadra de consejeros?

¿Tiene ya su camioneta de asalto?

Me la imagino por esos andurriales del demonio; donde andan ahora sueltos todos los bravos demonios españoles.

Me la imagino bamboleando, al acecho: y, de pronto—cayendo sobre el inminente delincuente indígena—agarrándole por la camisa, y propinándole un grave, sesudo, respetable consejo de instrucción pública, para que no deje mal a la decencia nacional, a la redención de las provincias, donde todo respeto debía ya tener asiento y acomodo; donde toda violencia de incultura debía estar proscrita ya a estas horas; a estas horas tan cultas e instruidas, de España.

El Robinsón Literario de España

APARECERÁ MENSUALMENTE (si las circunstancias y la salud del autor no lo impiden)

El escritor Manuel Azaña, Presidente del Gobierno

Conocía yo poco a Manuel Azaña. Su versión reciente a la Presidencia del gobierno republicano me ha hecho volver la cara hacia él, más que con sorpresa, con insistencia.

Y diré que con cierta emoción. Sólo en momentos así se ve que los escritores, intelectuales, en España, formamos el fondo una casta. Y que cualquier peso en esta casta tiene repercusiones miliares, emotivas.

He repasado los datos personales que me ha suyo. Muy pocos. Y he revisado los textos de su literatura, ya que tam-

dríd, por lo menos al todo Madrid que sale a la calle, sé sus costumbres y la mayor parte de su historia. ¡A cuántos millares de personas que ni sospechan mi existencia, pudiera yo contarles episodios secretos de la suya!

Este hombre-duende, este policía-fantasma de Madrid, tiene hoy en su poder, además de tales secretos, el secreto de poder utilizarlos desde el Poder.

Sin embargo, él, a su vez, fué vigilado por otros ateneístas, entre los cuales yo no puedo contarme, pues Azaña no me interesó hasta hace poco tiempo, como ahora diré.

La vida del Ateneo, de tertulia española, de café, conduce a sus frecuentadores a esa tendencia policíaca irresistible, sobre la gente que pasa por delante.

No es un azar que el amigo Galarza, gran ateneísta, ocupe hoy cumplidamente nuestra Dirección general de Seguridad.

De Azaña oía yo decir siempre dos cosas: Que tenía muy mal genio. Y que era muy inteligente.

Creo que la primera vez que hablé yo con él fué una mañana de 1926.

Estaba en el barandal último del Ministerio de Gracia y Justicia, como empleado que era de dicho Ministerio.

Cipriano se hallaba con él. Y él, siempre con las manos en los bolsillos. (A Azaña y Cherif yo les estaba grato por la acogida que dieron en "España" y en "La Pluma" a mi primer libro sobre Marruecos.)

Recuerdo perfectamente que le pregunté: —¿Y usted, Azaña, no escribe ahora? A lo que me contestó: —¡Ahora! ¿Para qué?

Estaba yo a punto de flotar LA GACETA LITERARIA. También Rivas Cherif con Azaña, Díez-Canedo y un cubano—desde la Legación de Méjico—querían lanzar otro periódico como el mío titulado "Letras".

—En LA GACETA LITERARIA, le afirmaba yo a Azaña, se hará política.

—Imposible—me respondía él—; ahora es todo imposible.

(Ese ahora suyo, obsesionante, era el de la dictadura.)

—Pero mi política será de tipo cultural y formador. Yo creo que se puede sacar una generación juvenil que—aunque apolítica por el momento—desembogue mañana en magnífico tropel sobre los problemas españoles. Y en direcciones divergentes, hostiles y fecundas.

—Imposible, imposible—me remató Azaña.

El periódico "Letras" no llegó a apa-



El 98, la guerra de Cuba.

recer. LA GACETA LITERARIA salió el 1.º de enero, a los pocos días. La constitución de su sociedad, o registro de su título, me llegó refrendada oficialmente por una firma del Estado: esta firma permisora de mi publicación era la de Manuel Azaña.

Demócrata violento

Desde entonces no le volví a escuchar hasta 1930—en el viaje de "los intelectuales a Barcelona" que organicé con Es-

telrich.

Azaña pasó casi desapereibido por Barcelona. Junto a un Fernando de los Ríos, un Ossorio, un Ortega, un Marañón, un Asúa, un Albornoz, Azaña parecía no significar gran cosa ante los catalanes. En los quintales de discursos que se pronunciaron entonces—desde balcones, vagones, mesas, etc., paladeando el futuro y próximo Parlamento—la voz de Azaña no sonó, como si nada tuviese que decir.

En la vuelta a Madrid nos sentamos en la misma mesa del vagón restaurante. Vayo y Luis Bello, enfrente. Azaña a mi lado.

Habíamos apenas desdoblado las servilletas y apenas el mozo nos había servido las botellas bebestibles del propinquo condumio.

Azaña debía, quizá, tener sed. Agarró su botella correspondiente y miró al pasillo intermesil. El camarero pasaba y repasaba sirviendo a los demás comensales.

—¡A ver, camarero, abra esto!—exclamó energicamente.

Me volví con curiosidad hacia su impaciencia.

El camarero no oyó, o no pudo o no quiso acudir.

Entonces, Azaña cogió un cuchillo y amenazando el gollete de la botella, exclamó completamente decidido al camarero: ¡O la abre o la rompo!

Me quedé tan estupefacto de su decisión que no pude por menos de decirle tímidamente:

—¡Pero, Azaña, usted es un tirano! ¡Pobre camarero!

—¡Cada cual hace lo que le viene cómodo!—me contestó, sin mirarme, con frase exacta que no he olvidado.

leyendo luego un ensayo suyo sobre "La inteligencia y el carácter en la acción política", encontré esta afirmación suya tan aclaradora de aquella escena: "Yo soy un demócrata violento; es decir, que reconozco el derecho (el ajeno y el mío) y soy inflexible dentro de los límites de mi derecho".

Allí se me anunció por vez primera el hombre que iba a meter en cintura al agua mineral, al camarero y a los bizarreros generales de España.

Es un manchego

Manuel Azaña es un manchego. El mismo ha declarado cabalmente su propia: "Del reino de Toledo (donde era hace tres siglos la policía del bien hablar)—¡jojo, catalanes!—mis abuelos, posesionados en la Sagra o en las vegas que se abren al Tajo, ascienden en de-



POLARIZACIÓN DE AZAÑA

1914, la Gran Guerra.

rechura hasta el carpetano idólatra, anterior a la venida de las legiones; con un cuarterón de sangre vascongada (la raíz en Elgoibar) y un entronque en Arenys de Mar—¡jojo, catalanes!—, soy español como el que más lo sea". Y español con ejecutoria doceañista de sus abuelos. Manuel Azaña es un manchego. De tierras del Quijote. "Leo en el Quijote a libro abierto: en él todo se me antoja transparente y jocundo."

La vida de Azaña se divide en tres partes: una infancia con todos los instintos reclusos. Una juventud con todos esos instintos sueltos. Y ahora, una madurez donde aun no se sabe si predominará la infancia o la juventud.

De niño estudió en Alcalá. Como un hijodalgo del siglo XVII. Sus recuerdos alcalaínos son rencorosos, tristes, desolados. "No gusto yo, con afición egoísta, del tiempo pretérito. Me apiado de la mocedad verdadera, ignorante de su virtud."

La infancia de Manuel Azaña—la infancia y la adolescencia—se resume más que en la palabra Alcalá, en la palabra Escorial.

El Escorial y el monstruo

Azaña publicó en 1927 su "Jardín de los frailes". Casi fué su primer libro. Pues el único anterior—hecho en 1919—era una compilación de política militar francesa contemporánea, conferencias pronunciadas en el Ateneo, en medio de cierta indiferencia y aburrimiento, y que, sin embargo, iban a constituir la base de esa reforma Azaña que le ha dado fama y poder.

El jardín de los frailes apareció en una sazón propicia. Cuando se había puesto de moda ese tipo de confesiones de colegial a lo James Joyce. Y cuando El Escorial, como piedra nacional, irradiaba prestigios. No sólo por los que le prestaba el dictador con sus visitas frecuentes, sino por la apología reformista que le había dedicado tiempo atrás Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote*.

El jardín de los frailes es el libro más oscuro y difícil entre los pocos publicados por Azaña. Tiene un estilo jesuita, barroco, que recuerda—sin intención—al de Gracián, a pesar de no poder el autor soportar a Gracián. Es un libro casuista, seco, intelectual, enmarañado, donde apenas asoma el temblor de una emoción informe que queda en el acto geometrizado por la voluntad. A fuerza de ser tan aristado y biselino, se compagina al tema, quedando un libro de granito, de cuartel, de cenobio, de piedra gris, de dureza que mirase a un infinito sin ojos sensibles.

El autor quiso hacer en aquel libro, más que un acto confesional, un signo arbitrario, una matemática de su infancia-colegiada.

Apesar de todo se advierte en él—contra su propio deseo—que El Escorial marcó, con hierro de res brava, su alma para siempre. Y que esa marca, clerigada, frailería, católica, de orbe cerrado y de intransigencia trascendente le iba a permanecer de por vida, mucho más que "una raya en la arena".

En *El jardín de los frailes* Azaña no deja advertir señales que hagan presumir su terrible rotura con la tradición religiosa de su infancia. Se sonríe de la didáctica de los buenos padres agustinos. Alude a su propia soledad interior, a la introversión psíquica de su vida primaria, hasta el punto de constituirse a ratos—una vida de Robinson (página 227).

Es más: casi siempre trata con respeto, con afecto, a sus frailes.

Sólo en los últimos capítulos tiene una decisión, momentos antes de irse del colegio a la vida libre: la decisión de no confesarse. Por cierto que se asombra mucho al ver que los padres no se asombran de su asombro, de su audacia.

Es más: el hombre que iba a expulsar legalmente a las órdenes religiosas, tiene un capítulo epilógico que da una sospecha indecible: y es éste del *Hijo prodigo*.

Cuando se confiesa con el padre Mariano, un día, ya después de los años, en la galería del jardín, una vez que fué de paseo allá, de visita accidental:

—Desde el nacer, me acompaña un personaje, que no debe de ser un ángel,

rezongando de continuo, descontento de mí, como si yo pudiese darle mejor vida, sin acabar de decirme quién es ni qué pretende. Estoy, al cabo, aburrido de él. Matarlo sería un placer y no puedo. Lo empujo con el pie, y se revuelve como Segismundo en la torre antes de soñar su reino. Es un monstruo. Sólo se me alcanza ponerlo en ridículo.

—Dios haga que escuchen al monstruo y seas un día nuestro hijo pródigo—le contesta el padre Mariano.

A lo que Azaña no contesta nada entonces.

Carácter y tradición, democracia frailuna

El fondo católico de Azaña se revela en muchos pormenores que podría yo aducir.

Azaña es un dogmático, un absolutista, un intransigente, que iba a encontrar en el radicalismo su monstruo instintivo.

“Mi propensión a lo absoluto no me deja ser misericordioso; a un axioma abstracto, intemporal (es decir: un dogma), subyugaría mil libertades particulares.”

Ecos católicos, subconsciencias infantiles, le remanecen a Azaña por muchas fondosidades. El habla de sus arrebos en las fiestas religiosas, su mejor diversión. Pero más que en datos líricos, sentimentales, lo católico en Azaña se transforma en reflejos voluntaristas. Catolicismo netamente español, ignaciano, ése de la voluntad y del carácter.

Para Azaña antes que la libertad está el carácter, lo que él llama *el carácter*, eso a lo que los amigos le aluden cuando hablan de su carácter, y que no es otra cosa que espíritu sectario, mentalidad castellana y fanática, antiliberal, como dicen ya algunos catalanes señalando con terror a este nuevo pesquidor republicano.

“Sólo quien está poseído por la verdad puede ser intransigente, fanático o, como suelen decir, sectario.”

De ahí que sus héroes máximos, las cimas humanas a que aspire, sean esas tajantes y sin piedad que posponen toda libertad a sus imperativos absolutos: “Es gente de corte intelectual (Robespierre o Lenin) quien suele dar, en las “circunstancias” de un momento histórico, los tajos más terribles. La inteligencia no es libre: es sierva de la verdad.”

¿Y cuál es la verdad, amigo Azaña? —se pregunta uno, asombrado frente a este apodictico Azaña, quien a sí mismo se reconoció como crítico rigorista, ante todo al hablar de Ganivet, a quien no perdonaba su arbitrariedad en la elección de datos, su veleidad personal en construir verdades.

Apretado Azaña por la crítica rigorista y objetiva de la generación universitaria que le iba al alcance, reprochó a Ganivet la *interpretación personal*, el *error arbitrario* en la edificación de sistema, en la construcción de su *verdad*.

Pero Azaña no era un “universitario objetivo”. Un crítico cientifista. Cuando Azaña se abandona a sí mismo, aparece su *verdad*: el anarquista, el Robinson, el Ganivet, el arbitrario, el sectario le aparece la fuente genuina de su carácter: “Prefiero levantar un discurso sobre datos que pueden ser erróneos, al acarreo de materiales para que otro más dichoso discorra mañana en mi puesto”. “No soy indulgente, no transijo, no perdono.” Calderón le hubiese sacado en sus dramas de puntillos de honra. Y de hecho le ha sacado. O mejor dicho, Azaña se ha sacado de allí. Por eso su frase favorita es la calderoniana: “Practico la regla calderoniana de volcar la mesa si alguien delante de mí vuelca una silla”.

Es natural, por tanto, que en política sólo admita como eficientes dos fuerzas netamente sectarias, reaccionarias, escurialenses: *carácter y tradición*. “Carácter y tradición son, pues, las fuerzas de resistencia.” “Un pueblo en marcha,

gobernado con buen discurso, se me representa de este modo: una herencia histórica (o sea la tradición) corregida por la razón (o sea el carácter).”

Dogma tradicional: interpretación *característica*, arbitraria: he aquí la democracia de Azaña que—con todo el sentido profundo y castizo adquirido en nuestra tierra—deberá llamarse en adelante “democracia frailuna”.

No nos asombremos, pues, que su interpretación más exacta del Escorial, la interpretación más exacta que se ha dado nunca del Escorial, sea la *fascista*, la *fajista*, sea esa que él se ha asimilado en la medula, en la sangre, en los huesos, a fuerza de vivir El Escorial: “El Escorial proclama—aparte la sabiduría profesional—el triunfo de voluntades múltiples *fajadas* por el fin común”.

El haz lictorio romano no ha tenido una réplica histórica más perfecta que esa de Azaña sobre su Escorial.

Entre la guerra de Cuba y la gran guerra

Históricamente Manuel Azaña tiene en nuestro panorama un destino que pudiera llamarse *enlazador*. Significa una clave de bóveda antes de que la bóveda deje de ser bóveda.

Históricamente Manuel Azaña es un epigono del 98 que corta amarras con cuchillo propio. Y—por otro lado—es un presentador de la generación técnica, europeísta, que vendría tras él.

Manuel Azaña, históricamente, está polarizado entre Unamuno y Ortega. Entre la guerra de Cuba y la guerra europea. Entre Costa y los jóvenes de Marburgo. Entre el envergamiento de Ganivet y el reformismo neokantista. Entre *El Idearium* y la fundación de *El Sol* en 1917. Entre los “europeizantes” y los “europeizados”.

Por eso el reino ideal de su expresión se ancla en dos fondeaderos complementarios: la *Revista España* y el *Ateneo*. O sea en torno al año 1915. En torno a los comienzos de esa era histórica de la gran guerra, que tanto sistema ideal habría de dejar como a desgraciado combatiente—*inválido*.

Azaña y el 98

No hay más que examinar, no ya la ideología de Azaña, sino el bulto mismo de sus preocupaciones, de sus figuras. Azaña es el crítico más cumplido, más implacable, más superador, pero más *respetuoso*, que tuvo la generación del 98.

El mejor ensayo escrito sobre Ganivet es de Azaña. Las mejores argumentaciones que he leído sobre y contra Costa son de Azaña. Azaña se permite censurar noblemente a Unamuno. La revista *España*, que él dirige un tiempo, es la revista del 98, de los *europeizantes*—Valle, “Azorín”, Baroja—con las primeras aportaciones valiosas de los “europeizados”.

Dentro de la constelación llamada del 98, sus dos tipos antitéticos son Ganivet y Valera, pues aunque Valera no sea oficialmente un 98, cae de hecho dentro de su problemática.

Azaña ve en Ganivet algo indignante y admirable. Azaña deshace a Ganivet a fuerza de abrazarlo. Azaña, frente a Ganivet, da la sensación de disolverlo. Y lo disuelve, pero es metiéndoselo en los entresijos de lo envidiable.

Porque lo que Azaña descubre en la esencia de Ganivet son estas *características*: “antiliberal, anárquico, antidemócrata, antifeminista, antiparlamentario, dogmático, nacionalista, católico, licencioso y ocurrente”.

Por eso opone, sin querer, por tendencia natural, a este energúmeno, la figura cortés, amable, escéptica, afable, pírrónica, sensual de don Juan Valera.

Sabido es el fervor de Azaña por don Juan Valera, que le valió el Premio Nacional de Literatura en 1926.

Azaña ve en Valera un ideal de ca-

rácter que él no posee, naturalmente. Por lo demás, Azaña desprecia a Valera.

Azaña bebe la acritud del 98. Larra—padre de esa generación—no hubiese escrito la desolación espantosa y atroz que Azaña escribió, por ejemplo, sobre Madrid.

Azaña es el amigo del 98—inseparable—en sus figuras menos hirientes. Es el gran amigo de un Luis Bello, el descendiente andariego de Costa en “la escuela”, ya que no en “la despensa”.

Azaña y los jóvenes de Marburgo

Al 98 europeizante Azaña lo comprende, lo critica, lo supera y lo *respet*a. En cambio, a los europeizados de Marburgo, si los comprende ya no los respeta.

Conocida es la típica aversión hostil que tuvo casi siempre por ese grupo, en especial por su jefe representativo, José Ortega y Gasset.

Ya lo sabe Ortega, y no es de extrañar aquella ofrenda votiva de aplausos que le ofreció en el Parlamento, en el primer discurso orteguiano, como queriendo amansar al “maligno”, al diablo, y convertirlo en deidad favorable y benéfica.

El Ateneo

Azaña, por eso, encontró su sede, su expresión inquilina, vital, histórica, en el caparazón hispánico del Ateneo.

Azaña ha sido el último Atlante del Ateneo hispánico, su último resumen, su poeta, su salvador, su interpretador perfecto. (Léanse sus *Tres generaciones del Ateneo*, 1930.)

El Ateneo era la herencia romántica de una España que había dejado la Iglesia y que todavía no había construido la Universidad.

El Ateneo era el gran perol promiscuo de la cultura moderna española. El horno de donde debían salir todos los bollos modernos.

El Ateneo era la fábrica nacional de productos culturales al por mayor y para uso doméstico.

De allí salía el poeta, el estadista, el médico, el filósofo, el general, la taquigrafía, el árabe, el latín, el ministro, el artículo de fondo, la esgrima, el café, el maestro de escuela, el plumero de las botas, el último libro de París, la última revista inglesa, la nueva teoría alemana, el correvedile de la política, el chisme literario, el chiste malicioso... Es decir: la cacharrería hispánica, la abacería española, la tiendecita donde se vendía de todo, rudimentariamente, sin racionalización alguna, sin “especialización”.

Naturalmente, según fué andando el tiempo, y los universitarios de Marburgo y otros europeizados empezaron a discriminar, a “especializar”, a despararramar el Ateneo por la ciudad, en auténtica extensión universitaria, el Ateneo fué perdiendo sustancia cultural, razón de ser cultural. Fué quedando en una amable biblioteca, con periódicos y café. Es decir, en un club de ilustre tradición.

Así fué el Ateneo almacenando espíritu de club, aroma de bodega, perfume de vieja barricada, tufo romántico, añoso, solera libertaria.

Cuando terminó la Dictadura, el Ateneo se destaponó con gas achampanado, en espuma y alcohol. Era la hora última del Ateneo: era el momento de Azaña.

Azaña se realiza en la República

Desde entonces, Azaña empieza a marchar, encontrándose a sí mismo, *realizándose*.

Primero es al buen Maraón. Después al buen Alcalá Zamora, a quienes arrolla. Maraón no sentía ya entrañablemente el Ateneo. Era un europeizado, un joven técnico.

Alcalá Zamora tampoco sentía lo que había que sentir. Era un tráfuga de talento, pero un tráfuga.

Sólo Azaña llevaba dentro, en las en-

trañas, “la circunstancia” que hacía ta, “los tajos decisivos”.

Y por primera vez en España vino al intelectual coincidir con el político. Viose a una ideología de 1915 realizarse a los quince años, en la misma persona. Costa y Ganivet tardaron un cuarto de siglo en parir a Primo de Rivera.

El esquema orteguiano ignoramos se realizará—tras el de Azaña—en propia persona de Ortega.

Desde luego, Azaña—*gran enlazador*—ha asumido su propia sustancia.

El Ateneo ha traído la República a gunda a España. Pero el Ateneo es Manuel Azaña.

El padre de la segunda República española—¡paso, señores!—es Manuel Azaña. En cuyo fondo late, inexpressible la frase de: “La República sale yo”. El escritor Manuel Azaña, hoy presidente del Gobierno. En cuya faz, por mí sin sentido hasta hace poco, acabó de clavar, como reflectores, mis anteojos robinsonianos, mis *cata-lejos*.

Defensa contra la reacción por falta de reacción

Si yo hubiese tenido que votar la Ley de Defensa de la República, la habría votado. Pero la habría votado con una reserva tremenda: la reserva de la teza, de lo irremediable.

Me pongo en el caso del actual Gobierno, como me puse en el caso de los anteriores, y acabo por justificar sus defensas como acababa por justificar las a los Gobiernos anteriores.

Yo recuerdo haber oído a un ministro de Primo de Rivera quejarse de “ausencia de reacción” en la vida pública por solucionar problemas insolubles por Gobierno a solas.

Después oí lo mismo al ministro de Trabajo del Gobierno Berenguer, frente a las huelgas continuas: “no hay reacción, no hay posible solución”. Miguel Maura, bajo Alcalá Zamora, se lamentaba públicamente de lo mismo.

Es el planido crónico del gobernante en España—¿desde cuándo?, no sé. Y sé desde cuándo.

Es lo de Silvela. Es *el pulso*, el pulso que no reacciona.

El Gobierno Azaña ha tenido que yectar una vez más la jeringuilla de la cafeína.

Ha tenido que activar artificialmente “la reacción del enfermo”, ya que la naturaleza no hacía de por sí, según exangüe, pidiéndoselo todo al médico, “específico”.

Uno hubiera creído que todo aquel jaleo de hervor aparentemente sano y juvenil—de obreros y estudiantes—que animó el advenimiento republicano, hubiese sido la soñada reacción española, el pulso vigoroso largamente anhelado.

Pero no. La Ley de Defensa de la República viene a decirnos que no. A desengañarnos.

No hay “reacción espontánea” que salve la República. No hay quien se rompa la cabeza en la calle noblemente por el noble régimen. No sólo empieza ya a haber estudiantes y obreros que se la rompen “contra”.

Se ha necesitado, pues, retroceder a “automatismo”. A la ley escrita. A la defensa inorgánica. A la “conservación desde arriba”—que hubiera dicho el padre de Miguel Maura, don Antonio, desesperado de la “ciudadanía ausente”.

Es curiosa esta España que se defiende de la reacción por falta de reacción. Que muere porque no muere. Que agoniza por falta de lucha. Que sigue perdiéndolo todo a un poder supremo—extrema unción—. Sea este poder un Monarca, un dictador o un jefe republicano como Azaña.

La Feminidad en mi República

F O L L E T I N

I.—Y UNA MUJER CAYO EN MI ISLA

Era un tormentoso anochecido. Y estaba Robinson cortando leña para remediar graves daños de los elementos sobre su frágil cabaña, sin otra compañía que el latir de sus propias venas y el zureo de aves asustadas bajo la nube negra, frente a la mar entolada de furor, cuando, repentinamente, un grito que no era graznado por pájaro conocido, una agudísima voz lastimera.

El Robinson, medio desnudo como estaba, bajó los ojos y ¡oh, oh, lo que vió a sus pies! ¡De qué galera naufrágica aquella aparición? ¡Quién aquella damisela con su traje mendano levantado por el viento hasta altura indescriptible?

El Robinson puso la peluca en el acto, requirió su espada, su chupa y su zapato de fiesta. E inclinóse reverencial.

—Señora, ¿qué hacéis aquí en esa postura tan poco conveniente a vuestra situación y a mi soledad?

—Caballero, le ruego respeto para mi desventura y nada de ofensas para mis sentimientos. No es la primera vez que una dama naufraga en la vida. Ni será, sin duda, la última.

A tan discretas razones, el Robinson ayudó cortésmente a la caída señora: primero, a levantarse y reparar sus males. Después, a comer unas frutas silvestres y a serenarse del todo, mientras a la luz de centellas y rodar de atmósferas le contaba la desdicha de su naufragio.

—Soy una dama francesa casada con un barón, rico banquero de París. Regresábamos a nuestra ciudad tras un circunveo oceánico por tierras vírgenes y salvajes, recaudando noticias peregrinas, cotorras multipintas, negritos tiernos, aromas ultramarinos y usos exóticos con que poder abrir este invierno mis salones y

deslumbrar a Voltaire, Montesquieu y Diderot, mis buenos tertulios habituales. La horrenda tempestad desgajó nuestra galera, pereciendo mi pobre barón, a quien lloro amargamente, y pereciendo mis negros, mis cotorras y mi perfumería. No me resta más que el recuerdo de lo visto. Y a falta de mis queridos filósofos y mis deliciosos salones, estoy dispuesta a referiroslo, buen hombre, en esta soledad y mientras el cielo, en forma de galera nueva, me recoge y salva.

Agradeció el Robinson tanta gracia y cortesía, y, embebecido, sentóse a escuchar sobre el mísero escaño de su caverna de leño a la esclarecida y naufragada dama, huésped providencial de su isla.

II.—PRIMERA NOCHE, NOCHE LUGUBRE, EN QUE MI HERMOSA NAUFRAGA ME CUENTA LA VENTURA DE LAS MUJERES DE COGUL

—Quiero relataros, ahora que me siento reposada y antes de conciliar sueño, buen amigo, lo que pude presenciar en la más larga temporada sedentaria de mi periplo. Lo que observé en una extraña tierra, poco descrita en las grandes rutas y de la que aún escasos viajeros dan noticia.

Me refiero a la curiosa península que sus indígenas llaman de Cogul, situada hacia el occidente, entre mares tumultuosos, y cuya forma es la de un pentágono irregular.

No os he de decir por ahora—fatigada mi memoria—cómo es su clima ni su vegetación. Tampoco he de describiros su sistema general de vida, ni cómo trabajan, producen y mueren sus habitantes.

Tiempo tenemos por delante—para desventura mía—y ya os informaré de ello y otras cosas, si os interesan y gustáis.

Lo que en el coloquio de esta noche negra quisiera entreteneros es con aquello que a mí—como mujer y como curiosa por toda clase de feminidad—observara en Cogul. O sean los usos y costumbres de sus mujeres. Pues tuve la fortuna de asistir—durante mi estadía—al cambio casi total de sus milenarias hábitos.

Las mujeres de Cogul, cuando arribé a conocerlas, eran mujeres que perpetuaban las más ancianas y rituales reglas de un patriarcado casi idílico, de edad de oro.

El hombre era dueño y señor de ellas. Y sólo a través del hombre, como delegado y difícil instrumento, alcanzaban su felicidad.

No crea que tal sumisión se les notaba en sus rostros. Era una sumisión más bien aparente o, por lo menos, tan bien soportada, que a veces se hubiese dicho que la mujer de Cogul era la señora y dueña de la península. Y se comprende. Siglos y siglos de utilizar el sistema, había reajustado tan exactamente los contactos de sexo opuesto, que cuando algún soñador o poeta de Cogul quería levantar bandera contradictoria, las mujeres mismas huían de él y le esquivaban, como se evita un peligro, como se soslaya un abismo.

Con ese sistema vivían desde centenios y habían obtenido triunfos incluso políticos. Pues los habitantes de Cogul reverenciaban como su mejor época, aquella en que la mujer cogulense ofreció reinas al reino, de sabia y venturosa gobernación.

El hombre de Cogul, sin embargo, no dominaba a las mujeres de Cogul directamente, sino en aquellos actos o aquellas situaciones en que el hombre, por naturaleza, se veía obligado al estricto deber.

Ahora le diré de qué manera.

El hombre de Cogul era guerrero, emprendedor. Invadida la península por tribus alógenas, vióse obligado durante largos períodos a combatir inexorablemente, en ascésis viriles, en apartamiento de sexo, que le templaron y endurecieron. Cuando caía el hombre de Cogul, tras una victoria, en gineceos adversarios, esta ascésis se disolvía en revancha, y el cogulense arrollaba cuanto dulce enemigo encontraba por delante. Como el hombre de Cogul era apuesto, heroico y convincente, el dulce enemigo no ofrecía la menor resistencia. De ahí que el hombre de Cogul comenzase a formar la idea de una sexualidad superior, a estimar su sexo como algo invicto. Y a creer que toda mujer, en el fondo, iba hacia él como el río va a la mar, y que el fondo de toda mujer era de estopa, era de nieve, encendible y derretible.

Tales experiencias vitales de sus luchas hicieron que el hombre de Cogul sospechase hasta de sus propias mujeres y evitase, por todos los medios, no sólo que guerreros enemigos se apoderasen de ellas y las derritiesen, sino hasta que los mismos miembros de la tribu no cayeran en tentación de tratar a las cogulenses como a ganado de cercado hostil y ajeno.

De los medios que inventaron para precaver su desgracia, dos fueron los más eficaces. Uno de ellos consistió en instaurar una clase social intermedia que, vigilante siempre a favor del hombre, prestara largos servicios espirituales a la mujer en las horas de soledad y de lejanía de los guerreros. Esta clase benemérita fué la sacerdotal. Es decir: un grupo de abnegados hombres que, jurando noblemente la más perfecta castidad, pudieron introducirse, sin peligro alguno, en los gineceos de Cogul, en ausencia de los maridos. De ahí que tal clase intermedia vistiese las haldas, como símbolo de trasacción entre los dos sexos. Las famosas haldas sacerdotales de Cogul.

—¡Señora!—exclamó el Robinson emocionado de tanta novedad y noticia, loco de gratitud—y de temor que desfalleciese de cansancio su palabra—¡señora! ¿no os fatigáis, no os excitáis tal vez en demasía? ¡No lo hagáis por mi ventura!

—No, buen amigo. Voy a concluir lo que estaba diciendo, y mañana proseguiré mi cuento, en el que ya os veo profundamente interesado.

—¡Gracias, hermosa y noble dama! ¡Cómo agradeceré tan inmerecida dicha!

—No os preocupéis por ahora! ¡Quién sabe lo que a mi servicio y placer podéis ofrecerme pronto! Pero ahora terminemos.

—Sí, terminemos—señora—para poder volver a empezar cuanto antes.

—Pues, como iba diciendo, amigo—las haldas sacerdotales fué uno de los eficaces medios de que los cogulenses se sirvieron para conservar intactas sus propiedades de hogar, sus esposas, su reinado femenino.

El otro medio eficiente consistió en adoptar un Convenio riguroso entre todos los guerreros de Cogul. Un Convenio que pronto se elevó a ley intransferible, a Código secreto e inexorable—y que constituyó un magnífico regulador de relaciones entre los cogulenses y sus mujeres. Hasta el punto de que para hacerlo sensible, comprensible y temible—tal Convenio—lo transformaron en ídolo, en tabú, en divinidad—erigida sobre la plaza pública de la tribu. A tal divinidad omnipresente y vindicadora la denominaron: HONRA.

Si una mujer de Cogul transgredía el Convenio y usaba de sus facultades con un cogulense que no fuese su dueño y señor esta mujer era llevada a la central plaza pública y la HONRA fulminaba en el acto su castigo, casi siempre de sangre y de terror.

Y a su vez: si un cogulense entraba en conflicto con el dueño de una cogulense por intento de vasallaje ilegal sobre ésta, tal dueño se veía obligado ante la HONRA de lavar en sangre la culpa del trasgresor rebelde y osado.

Como es natural—este sistema—aunque muy eficaz para los guerreros de Cogul, en cuyas posesiones femeninas se aseguró una paz duradera—pronto derivó a deformaciones complementarias que auxiliaron a la mujer en el cerco de hierro y sangre a que veía sometido su camino a la felicidad.

Tal sistema pronto dió de sí—dos desviaciones gratísimas a la mujer de Cogul, aunque enormemente peligrosas.

La primera desviación fué la de desarrollar en el hombre célibe de Cogul—en el “no propietario”—un deporte audaz, un como entrenamiento a la posesión de lo dificultado, un entrenamiento de guerra. De ahí nació un tipo genuino y característico de Cogul—a quien se llamó genéricamente: DON JUAN. Terror de propietarios y delicia de apropiadas. Y a quien sólo podía vencer, a última hora, la voz pia y seráfica del sacerdote.

Junto a tal tipo masculino, carnal y hombruno—junto a tal ideal mundano de las mujeres reclusas de Cogul—fué surgiendo en ellas otro culto más íntimo, más indecible, más religioso. El culto hacia un Hombre santificado, hacia un Santo que acogiese sin venganza alguna, celestemente, comprensivamente, el Hijo del Señor, el hijo no suyo. De ahí nació el culto nacional de las mujeres de Cogul por ese Santo admirable que llamaron: SAN JOSE. Propagado fervida y sabiamente por la casta sacerdotal, que vió en tal ideal un remedio de graves daños nacionales.

Y en este sistema y dicha vivieron años y años mujeres y hombres de Cogul. Adaptados, felices, en sacra paz, apenas turbada por incidentes pasajeros.



Baile de trajes en el Lyceum Club de Cogul

Así vivieron centenios. Y así vivían cuando yo tuve la fortuna de pisar Cogul, una tarde de otoño. Pero un día... un día de primavera...

—¡Señora, señora!—os veo tan exhausta que no permito a vuestra abnegada boca otra cosa que cerrarse en reposado sueño.

—Tal vez tenéis razón. Alzadme... No me siento con fuerzas ni para alzarme, amigo mío. Veo que sois un caballero desgraciado, perdido en esta isla, y os permito acomodarme bajo vuestro techo. Tomadme en brazos, que vuestros modales os autorizan a ello. Y tal vez a otras cosas que los hombres de Cogul me hubiesen severamente castigado—dijome sonriendo, entre malicia y sueño, la ventura de mi desventura.

—Pero vos, amigo mío—mientras recostaba en mi pecho su cabeza exquisita—vos, no sois de Cogul, precisamente...

—Señora, señora...—qué sabéis, señora. ¡Si en vez de un insular, este Robinson peninsular fuese!...

—En ese caso me dejaríais ahora dormir, y prepararíais para mañana mi castigo, sin venganza.

(Continuará.)

Bandera blanca al divorcio! El comunismo español y madame Eluard

—Sin ser marxista—o siendo marxista sin saberlo—, yo no creo ni en las "ideas" ni en el "derecho". Creo, como el pueblo cree en España, que "tripas llevan pies". Y que el "sexo lleva ideas". (Yo soy un fervoroso creyente visceral.)

Para mí el divorcio—por tanto—no es un problema de derecho; no es un problema de ideas. Sino de vísceras. O dicho con nombre más accesible a nuestras masas: un problema de "reaños".

La República en España es el triunfo de "la niña". Un éxito radicalmente femenino, "romántico". De las esencias menos "jabalinas" del país. (El intelectual, el humanitario, el socialista, el efbo... es decir, todos esos grados que conducen al rotundo triunfo de la mujer con falda, sexo y poder, con sus "reaños" al aire.)

Desde el Cristianismo (sin olvidar los ensayos reformistas de nuestro Renacimiento, a fines del siglo xv) nunca ha tenido en España la mujer ocasión más favorable a utilizar sus "reaños" que esta actual y presente.

Me parece ridículo, pues, en estos momentos ponerse a "opinar" sobre la bondad o maldad del divorcio en España.

Es como si a un enemigo que entrase en nuestras trincheras, a golpe de bomba lacrimógena, le dijéramos: ¡Un momentito, no hay derecho, ábrame el vientre por la persuasión! La España gineocrática avanza, triunfa. Alcanzó el sufragio, ahora el divorcio. Mañana alcanzará anillos de oro para ensartarlos a nuestras orejas. Está en su derecho; es decir, en "su poder".

En el par de banderillas de "poder a poder", el pobre toro español ha salido con más cuernos que nunca. ¡Pobre toro español, con las dehesas socializadas y enganchado a la carreta electoral!

No es hora de discutir, amigos. Ni de llorar. Es la de entregar "las armas". La hora de la sumisión. La hora de los esclavos. ¡Y ay de aquel que intente resistir y defenderse! "Las furias del Averno"—no olvidéis el mito—, las "Erinias", las "Arpías" (Alecta, Tisifona y Megera), volando por los aires de España, "mugiendo como bóvidos enloquecidos", caerían sobre el rebelde, le sacarian los ojos y le desgarrarían—ahora igual que en la leyenda eterna.

¡Paso al "reaño" de la mujer española! ¡Bandera blanca—desde nuestra trinchera desmantelada—para el divorcio!

Sabido es que después de los grandes descubrimientos del simbólogo Bachofen, el mundo euroasiático se ha clasificado en dos grandes sectores: uno, de predominio virófilo, patriarcal, de valores masculinos, de un culto solar monoteísta (zona mediterraneoatlántica) Y otra, de predominio ginófilo, matriarcal, de valores más bien feministas y politeicos (zona eslavoasiática). Zona de Don Juan y zona del amor libre. Zona de la monogamia católica, del culto del hijo varón. Y zona del divorcio y del aborto, del derecho sexual de la mujer.

En estos días me escribe el amigo Nubiola, desde Barcelona, que el amigo Dali está a punto de inscribirse en las filas comunistas.

Desde luego, el mediterráneo Salvador Dali, tiene más derecho que otros muchachos españoles a esa inscripción.

Ha dado públicas muestras de estar "al servicio de la revolución surrealista", que no es otra sino la comunista, la introducción y propagación del asieolavismo en la Europa antigua y renaciente.

Ha dado públicas muestras de aceptar el amor libre y no tener en cuenta los viejos lazos matrimoniales, de la vieja Europa putrefacta.

Pero da la pequeña casualidad de que el arrogante mediterráneo Salvador Dali, pasea por el superrealismo su amor libre del brazo de madame Eluard, la mujer del jefe de su grupo.

El suicidio por amor

El semanario Estampa—de quien ya hablará el Robinson cuando le llegue el turno—suele organizar encuestas gráficas muy certeras. Certeras más que por lo que pregunta y por lo que responden, por la cantidad de fotos que ofrece el periódico para suplir las tonterías que generalmente se suelen contestar en casi todas esas encuestas.

Ahora ha realizado una sobre el Suicidio por amor. Como por esa encuesta han desfilado las caras no sólo de chicas bonitas y algo tontas, sino de chicos menos tontos pero no tan bonitos, chicos de la literatura, por eso me ocupo de ella.

Por eso y por cómo han respondido al tema. ¡Al tema más romántico que se podía hoy proponer al "nuevo romanticismo"! que diría el gran romántico y diputado don José Díaz Fernández, también consultado. El tema del suicidio por amor.

No ha habido una sola de las niñas románticas ni de los románticos niños, que se haya declarado por el suicidio, que se haya sentido capaz de matarse por amor.

Los nuevos románticos de España se ríen de Werther y de Larra. ¡Matarse por amor! ¡Qué risa! ¡Si fuera matarse por un sueldo en el presupuesto! Porque, en España, los sueldos en el presupuesto llevan un nombre romántico, romántico: se les llama: Destinos.

Si usted... Es decir, yo Defensa de Salvador de Madariaga

¡Si usted fuese embajador...!

—Si usted fuese embajador de la República—me dice un amigo malicioso queriendo aplastar mi pobre literatura—no escribiría usted tanto ahora...

—Si yo fuese embajador de la República—le contesto seriamente—no escribiría, no ya tanto: nada. Haría el marmoto con toda la buena voluntad que lo hacen mis compañeros embajadores. Me aguantaría las ganas de trabajar con todo el heroísmo con que se las aguantan esos mismos amigos.

Pero resulta que no soy embajador de la República. Que la República ha creído prudente reservar en su Arca de Noé un ejemplar macho, para que no se acabe la especie tras el diluvio. ¡Y qué va a hacer uno, querido amigo, si la República me ha elegido para esa humilde y genital misión! ¡Qué va a hacer uno, sino ponerse al servicio de la República y resignarse al capricho de la dama!

¡Si usted no fuese rico...!

—¡Si usted no fuese rico—me dice otro buen amigo, con el mejor de los deseos—, si usted no fuese rico, tal vez tuviera mérito literario esto que está usted haciendo ahora...!

—Si yo no fuese rico, tan rico de recursos—le contesto yo gravemente—, ¿quién iba a sostener al Estado, a la situación, a nuestra amada República ante la antipatriótica emigración de capitales, de capitales literarios? Tan es así, que Indalecio Prieto me ha llamado el otro día a su despacho. Y al enterarse de mi efectiva situación financiera, de mis secretos profesionales, de mi crédito fiduciario, de la fábula de mi riqueza, indignado y justiciero, como alma honrada que es, ha dictado un decreto para que mi riqueza se nutra, desde ahora en adelante, con la pobreza de mis compañeros empleados por la República.

A cada escrito mío, un sueldo menos en el presupuesto asfixiado de la estrangulada España. ¡Viva mi gran amigo el ministro de Hacienda!

¡Si, usted es un dinámico!

Si, usted es un dinámico—me comenzaron a decir desde hace tiempo—. ¡Usted es un dinámico infatigable!

Naturalmente yo me lo creía, y con sonrisa de triunfo arreciaba en eso que decían de mi dinamismo.

¿Hacemos un periódico? ¡Hagamos un periódico, ya que soy un dinámico!

¿Hacemos libros? ¡Hagamos libros con mi dinamismo!

¿Cine, viajes, conferencias, política? ¡Todo, todo, hagamos todo, ya que mi destino es el de un barreno dinámico!

¡Jóvenes como usted—me decían mis graves maestros y amigos—son los que necesitan nuestro pobre país, donde nadie hace nada, ni se mueve por nada!

Y yo me seguía moviendo como una hélice, ebrio de mi dinamismo.

Pero poco a poco mi ebriedad fué desapareciendo, como cuando Buster Keaton, despertando de sus alucinaciones de amor, advertía que eran otros los que se llevaban la novia.

Poco a poco fui viendo que mientras me daban en el hombro mis queridos y estáticos elogiadores—¡Si, usted es un dinámico!—me pasaban por detrás la bicoca y se la llevaban del brazo.

Desde hoy mismo he decidido sentarme en la acera a mirarme el ombligo, con un platillo y un perro. ¡Y ay de aquel que me eche, en vez de unos céntimos, mi terrible—¡usted es un dinámico!—ese ¡Dios le ampare, hermano!, que echan todos los miserables a los pobres de Dios, esperando que Dios remedie lo que la miseria humana hace más miserable todavía.

¡Ay de aquel que no me diga ahora: ¡si usted es un estático! Porque le echaré mi perro con todo el dinamismo de sus colmillos hambrientos, de su hambre canina, terrible.

Andan por ahí chillando las malas lenguas literarias sobre la fortuna republicana de Salvador de Madariaga.

Andan por ahí escandalizadas—¡oh!—las lenguas siempre!—sobre si resulta excesivo que un escritor español como Salvador de Madariaga reúna de gajes republicanos medio millón de pesetas al año.

Son esas mismas lenguas que asaltaron a Larra cuando reunió por sus artículos un millón de reales y paseaba con un buen tío de mulas el paseo del Prado.

Son esas mismas lenguas que se pican cuando José Ortega y Gasset echó automovil—un romántico Georges Irat—para su posesión neumática de España.

A Larra y Ortega les defendieron hechos, es decir, sus escritos.

Y tal vez pudieran defender los suyos Salvador de Madariaga si no estuviese aquí para salir al paso.

Desgraciadamente para Salvador de Madariaga, esta defensa mía no es desinteresada. Pero interesada y todo, defensa es, fin y al cabo.

¡Atrás, menguaces! ¡Atrás! ¡Dejad a hombre su medio millón de pesetas! ¡Dejad que esa feliz costumbre del medio millón haga su surco en el pegujal literario! ¡Dejad la posibilidad de que ese medio millón—más—lo gane yo en próximo día! ¡Yo!... ¡Por qué no? ¡A qué sonreírse! ¡Por qué no? ¡Acaso no fué yo profesor español como Madariaga, en lueñes tierras extranjeras!

¿Acaso no profesé yo tantas conferencias como Madariaga en plurales idiomas?

¿Acaso no merecí aún mayor castigo—prohibida el cese y consejo de guerra—que el de Madariaga por rebelarme contra la delenda monarquía en su institución más peligrosa, el Ejército? ¿Acaso no desempeñé misiones diplomáticas cerca de núcleos extraños de viejos compatriotas? ¿Acaso no colaboré en El Sol con seudónimo como él? Geeé frete a Sánchez Quijano. ¿No tuvimos los dos pequeños incidentes con Ramiro de Maeztu?

¿Acaso no ha escrito uno tantos o más libros que Salvador de Madariaga?

¿Acaso no se preocupó uno en activo desde España y no desde Londres, con catalanes, portugueses y americanos por una España liberada y futura superior a la que representa Madariaga ahora en Ginebra?

¿Qué impedimentos habrá, pues, lenguas, para que yo gane también medio millón de pesetas? No importa que yo gane ahora cuarenta duros y escriba como desesperado.

Salvador de Madariaga ha abierto un suco, y tras él habrá que ir.

¡Atrás, atrás! ¡Paso a la ilusión madrileña del Robinson literario!

En una tapia madrileña

Creo que conocen ustedes la afición rupestre del Robinson a leerse y descifrarse las innumerables inscripciones de nuestras castizas tapias españolas. Esas tapias mágicas donde el chico español, donde la subconciencia hispánica, esculpe litúrgicamente su moral más profunda, siempre polarizada entre la ambivalencia de los estimaciones sexuales, radicales.

Pues bien: el otro día, escrito con yeso en una tapia de cemento, me encontré con esta variante insospechable y terrible, con este disparo espantosamente filosófico del cavernícola instinto madrileño: ¡HIJO DE DIPUTADO!

EL ROBINSON LITERARIO DE ESPAÑA

CONSTITUYE LAS LETRAS DE ESTA REPUBLICA DE LAS LETRAS
CONSTITUYE SU ESPEJO DE AGUA SALINA
CONSTITUYE SU JUEZ DE PAZ
UN DIA CONSTITUIRA SU BIBLIOTECA

Tres defensas nacionales

I.—Lo chulo. (Regeneremos "lo chulo".)

Nunca me he incomodado cuando alguien ha descubierto en mi tímida persona un fondo de chulería. Porque es el fondo que descubro yo diariamente en nuestras figuras españolas menos tímidas, más altas, más preclaras, más nobles, más heroicas, más ejemplares, más "envidiables". Cuando veo a un Larra o a un Ganivet suicidándose de pura arrogancia de sí mismos, queriendo sacudir el orbe (el orbe literario) de un pistoletazo, de un chapuzón, pienso en la chulería moral de aquellos dos románticos magnos. Cuando veo a Costa salir al balcón y decir a sus electores: "¡callaros, animales!", porque chillaban demasiado en la calle, pienso en la jactancia genial de aquel pobre león, que le coquearon—muerto—los burros. Cuando



Anarcosindicalistas sevillanos, esencia heroica de nuestra chulería actual.

do veo a un Unamuno revolviéndose contra la Dictadura como contra un toro, y saltar la barrera de Hendaya para banderillar a gusto, y revolverse luego contra el Parlamento, y añorar otra vez antiguos tiempos duros, el corazón se me enternece como el de una moza española por su mozo; "¡pero qué rechulo!"

Cuando veo a Ortega atesorar lecturas, experiencias, maestrías, limar errores, capear esquivaces, y presentarse en la vida española, desdeñoso y altanero, con su sistema—¡soberbio y genial sistema orteguiano!—de que "el mundo es su vida", pienso en la gran audacia castiza que eso supone. (¡Como que sorbe la raíz pura de nuestra novela picaresca y de nuestra mística!)

Lo chulo es nuestro secreto adánico. Es el elixir de nuestros robinsones patrios.

Como el mágico chulo de la pintura española veo a Goya. Y Don Quijote es el chulo sublime de los desvalidos en Castilla. ¿Y el Cid? Decidme, vasallos, ¿y el Cid, cuyo nombre significa "señor", señor feudal, pequeño señor, "señor-ito"?

Y si el Cid y Don Quijote no son bastante representativos de nuestra "mítica" racial, ahí está Don Juan, divino chulo universo. (Cuando Stefan Zweig quiere sublimar a Nietzsche—hasta el paroxismo—le llama "Don Juan del Conocimiento", chulo epistemológico.)

Lo chulo en España tiene un abolengo africano, antieuropeo. "Chulo" es una voz arábiga, que significó en su origen juventud gallarda, riesgo y coraje.

Sólo andando el tiempo, lo chulo ha venido a significar en España algo innoble que sólo en el pueblo hace ya gracia.

Pero, como todo lo que llega al pueblo—rodando—, conserva entre sus pliegues una parcela de orígenes señoriales, "nobles". Conserva entre su ganga: oro.

Lo chulo es como esos trajes "típicos" de nuestras fiestas populares, cuyo encanto no está en su plebeyez, sino en el perfume de señorío con que aún im-

pregna a sus portadores últimos: los plebeyos.

Y es que "lo chulo"—digámoslo ya netamente—es una degeneración de "lo heroico".

Lo chulo es el tigre del español pobre. Es la pequeña altanería de nuestros humildes. Es la arrogancia del villano hispánico. Es el señoritismo del proletario.

Es chulo un torero, es chulo un majo, es chulo todo héroe popular, toda individualización de la plebe hispánica, en cuanto "hispánica" y en cuanto "plebe".

Lo chulo es el vestigio que se perennizó en nuestros estratos nacionales más sólidos. Por debajo de toda remoción de tierras. Lo chulo es el "cerro testigo" de un guerrear de siglos, de un conquistar de continentes. Es el mineral que subsistió a toda acción erosiva, a toda la denudación de nuestro solar racial.

En lo chulo—como en las "corridas de toros"—hay, bajo la plebeyez brutal, circunstancial e "histórica" del momento, un "mito" alucinante, una fiesta egregia, un filón de pureza, una mina de espíritu para España.

No hay sino excavar, purificar, limpiar, restaurar. Lo chulo es un problema de regeneración nacional en España.

Lo chulo es una afirmación española que no se resigna a la muerte.

Y como no se resigna, se ha refugiado ahora en el suburbio, camuflado de canallez, y con la gorra torcida y baja, y con la pistola del pistolero en el pantalón; con el grito "irredento" del anarcosindicalista. ¡El anarcosindicalista! Nuestro último héroe de la Independencia.

II.—El crimen apasionado.

No hace aún muchas noches, en la redacción easotarra del *Pueblo Vasco*, don Francisco Grandmontagne, con su acento enérgico, implacable y sangriento, de dictador en el destierro, me decía así comentando el debate parlamentario sobre la pena de muerte:

—¡Yo soy partidario de la supresión de la pena de muerte en todas partes del mundo menos en una!

—¿En cual, don Francisco?

—¡En España!

—¿En España?

—Sí, en España. Pero en España esta pena la aplicaría a un solo delito, a un solo delincuente: al asesino de mujeres, al del "crimen pasional", al que resuelve con la navaja o la pistola que una mujer no le haga caso y le abandone.

—¡Pero, don Francisco!

—Sí, a ése la pena de muerte se la aplicaría de este modo: colgándole de uno de esos pinos altos de la sierra, a merced del viento y de la nieve, a que se secase y adelgazase como este dedo.

Y don Francisco engarrotaba su meñique nervioso, con la fruición inexorable de un poder ejecutivo.

—Me deja usted aterrado, don Francisco.

—No hay nada que me repugne más en la vida que el crimen pasional. ¡Una cosa de correspondencia como debe ser el amor!

No contesté en el acto a don Francisco. Me atemoriza siempre mucho Grandmontagne, como se atemoriza el niño ante un padre que buscase siempre las nalgas de las ideas para azotarlas y ponerlas de rodillas.

Al día siguiente me lo volví a encontrar en el mismo lugar.

—Don Francisco—le dije tímidamente—, sabe usted..., no estoy conforme con su teoría de la correspondencia amorosa, y mucho menos con la del pino y el dedo meñique...

—¡Bueno!

—Pero esta disconformidad se la expondré por escrito, no sea que me cuelgue usted a mí antes que al otro pobre delincuente apasionado.

Si en vez de ser yo un alma tímida, tierna y humana hubiese sido yo un alma estentórea y sangrienta como la de Grandmontagne, he aquí lo que con gritos cavernosos y secos hubiera yo dicho a don Francisco:

—El amor no tiene de correspondencia entre hombre y mujer—sobre todo españoles—más que las cartas del cartero. Una correspondencia epistolar, franqueada con veinticinco céntimos más el sello de entrega. En ratos de pasión mutua se suele certificar tal correspondencia. Yo, y el cartero, es la única certificación que nos atreveríamos a dar sobre la correspondencia de los amantes en activo. Fuera de eso... Fuera de eso todo es preparación para el crimen pasional. ¿Fuera de eso? ¡Y aun dentro de eso! ¿Qué cree usted que se dicen en las cartas dos novios apasionados? Pues recetas, mortificaciones, agresividades, violencias, ternuras de posesión de intransferibilidad personal. (Tuyo, tuya, por siempre, hasta la muerte, si me abandonas te mataría, imposible vivir sin ti... Don Francisco: yo tengo el recetario popular de cartar amorosas que se vende a perra gorda a nuestras criadas, a los obreros, en los pueblos, a nuestros humildes—y es uno de los libros de poesía más peligrosos y magníficos de España.)

Usted, don Francisco, como es viudo, solitario y humanitarista, estas cosas de hombres y mujeres le han debido ir formando ideas lejanas y caprichosas de la realidad.

¡Matar a una mujer porque esta mujer le engaña o le abandona a un hombre!

¡Qué bestialidad, qué chulería indecente, qué jactancia ridícula!

Y, sin embargo, don Francisco, yo, es la única sección del periódico que me sorbo como se sorbe a Dios en la eucaristía. La sección del crimen pasional. He llegado, a veces, a recortar algunos de esos "sucesos" por su hermosura y por su grandeza humana. Así como los surrealistas franceses—con una obsesión portuguesa del suicidio—suelen recoger



(Dibujo de Angeles Santos).

todas las noticias de suicidas que se dan en París, yo—mucho más allá de esa superrealidad—me obsesiono en leer cuanto crimen apasionado hay en España, todas las puñaladas de hombre a mujer por motivos de "correspondencia".

Porque para mí, don Francisco, es ese un índice exacto de si España sube o baja en sustantividad, en intransigencia de sí misma, de sus valores radicales, de su ser.

Ya sé, don Francisco, que usted, que ustedes los civilizados, humanitaristas y europeos, reputan barbarie el que un hombre por querer (espléndida palabra española para llamar al amor: el que-

rer), mate a su prójimo como si en vez de su próxima fuese su ente más lejano, su enemigo. Y que, en cambio, reputan (¡qué malicioso verbo, reputar!) civilizado y digno el que un hombre aguante en la cabeza lo que sólo el divo Júpiter podía sostener sin morirse de asco y sin tornarse en cabestro.

Cuando en Francia un hombre oye que le llaman *cocu*, no pasa casi nunca nada. Cuando en Rusia se intercambian las mujeres como copas de aguardiente en una ronda de noche, tampoco pasa ni pasó nunca nada. Pues el bolchevismo, con su legalización del amor libre, no ha hecho sino consagrar oficialmente un viejo y secular uso comunista que era la sustancia más nacional de Rusia, la sustancia erótica de las sectas más castizas de Rusia, como esa de los *Chlystis* o la popularísima de los *Skopzis*. Tampoco pasa nada en las tribus mieronésicas o malayas, donde impera el régimen matriarcal con más fuerza que en los Estados Unidos, con más defensas para la mujer que en la más "selecta y avanzada de las repúblicas europeas". Aun dentro de España, en esa zona matriarquida de Galicia y Asturias y algo del país vasco, zona que aun mantiene "la covada" como rito, tampoco suele ocurrir gran cosa porque surta de amas de cría al resto de España.

¡Pero en el resto de España, don Francisco! En el resto de España el hombre se pone muy nervioso con esas cosas. Nos intranquilizamos mucho. Yo me permito incluirme en ese plural, porque me considero el *Robinson* de los intelectuales que no ha abandonado al pueblo en sus querencias, en comulgar con él. La mejor prueba de ello es esta de defender su crimen pasional y no estar de diputado en las Cortes para conceder el voto a la mujer, para hacer de España un país de sufragistas, de diputadas.

Porque lo curioso del crimen pasional en España es que ha ido quedando relegado al sector más humilde, proletario y último de la nación. Yo no he sacado cuenta del porcentaje, pero me atrevería a fijar en un noventa por ciento los casos de crimen pasional en la clase plebeya frente al resto de los casos en la burguesía y en la aristocracia.

Es decir: que la tradición más alta y nacional del país respecto al amor; la tradición férrea y áurea del honor, ese pernio intransferible de la famosa personalidad hispánica, que estructura el sistema de valores nuestros desde el siglo XVI, resulta que sólo la ha recogido el último villano, el proletario, el presunto bárbaro de nuestra tierra!

No quiero meterme a discusiones, don Francisco sobre lo que el honor haya sido y sea para el varón hispano. Ya se metió en ellas Américo Castro sin dar en el clavo. Ya me metí yo después, creyendo haber dado en él. Es decir, clavando la flecha en el sexo.

Ahí tiene usted los espejos analíticos de esa estimativa hispánica del honor: nuestra novela; nuestro teatro, sobre todo. *El castigo sin venganza*, *El mayor monstruo*, *los celos*, *El comendador de Ocaña*... Todo nuestro teatro, desde Tirso hasta Joaquín Dicenta. Porque resulta sintomático que nuestro pueblo sólo haya reconocido como autos (símbolos) nacionales para repetirlos litúrgicamente, año tras año, el *Don Juan* y el *Juan José*. *El burlador* y el *Burlado* que se venga. *El chulo* y el *Delincuente de crimen pasional*.

¡Hasta Cervantes, el liberaloide e inmoral Cervantes, se solía poner al lado de Juan José en la hora decisiva!: "De los bienes que reparten los cielos entre los mortales, los que más se han de estimar son los de la honra, a quien se posponen los de la vida", dice en el *Pericles*. "La desventura mayor es la de perder la vida. Primero es la del honor", afirma en una de sus comedias.

Ya sé que esa moral del "crimen apasionado"—que es la de nuestros puros

valores de casta, que es la de nuestros proletarios actuales y que es la mía—no es la de usted, la de ustedes los civilizados europeos.

Pero sé también que ustedes, los civilizados europeos de España, tienen el terror del comunismo, y quieren barrarle las puertas a fuerza de... leyes y papel mojado, o lo que es peor: colgando de un pino a Juan José o a todo médico de su honra.

El decir: ¡castigando al posible comunista español (al obrero, al campesino) porque no permite el comunismo en su hacienda propia, en la posesión de su propia mujer por otro que no sea él!

Así como en la chulería hay un germen inatacable de individualismo mágico frente a toda patología comunista, así en el crimen pasional hay otra vacuna sublime contra todo reparto de mujeres.

¡Y este anticomunismo nato del pueblo español, de la entraña de la casta, de lo único que puede salvarnos de caer esclavos bajo el despotismo de una cultura ajena y extraña, enemiga, es lo que nuestros civilizados españoles quieren castrar y disolver para... evitar el comunismo en España!

Don Francisco: cuando un sencillo proletario (y hasta un intelectual dirigente de la cosa) se le acerque en España afirmándole que es comunista, sométale a la prueba que yo llamo de su raíz cúbica. O sea previniéndose a la bofetada terrible con que va a reaccionar al lanzarle usted encima esta palabra-toque, esta palabra-mágica, esta palabra-reactivo de nuestra pureza sexual: ¡Cabrón!

III.—Lo cavernícola.

Ya sabemos los tres insultos peores que un "civilizado español de tipo medio" utiliza hoy para desvalorizar al resto de sus compatriotas que no son españoles civilizados, sino pobres bárbaros: Chulo, Matón, Cavernícola.

Hemos analizado ya lo que la chulería española puede tener de divino (de regenerable) en su oscuro y alucinante fondo popular.

Hemos visto también el último sustrato de casta pura que existe en el crimen pasional del pueblo, de ese pueblo llamado bajo por los civilizados que le defienden en altos Parlamentos.

Ahora vamos a rematar este trivio de Defensas nacionales con una lanza final a una mayor gloria de "lo cavernícola".

Ignoro la fecha exacta en que se introduce este término de "cavernícola" en nuestra semántica política. Para fijar tal fecha, como para tantas otras de otros tantos términos, habrá que esperar la publicación de esa obra maestra que prepara don Ramón Menéndez Pidal sobre historia de las palabras en España.

Desde luego, puede asegurarse que tal introducción acaece en las décadas románticas del siglo pasado, cuando coinciden la melena y el frac con las primeras vulgarizaciones de la etnología.

Hace poco leía yo en el país vasco un artículo de Alcibar, en un periódico local, sobre el cúmulo de términos estrafalarios que empleaban los liberales del pasado siglo. En ese cúmulo figuraba ya el de "cavernícola".

Lo cavernícola es un término liberal, progresista. Procede directamente de las ideas naturales lanzadas por Darwin y recogidas por los primitivos estudiosos de los antropoides, según las cuales la humanidad se desarrollaba evolutivamente, en progresión ascendente, desde un pobre simio que se guarecía en cuevas peñascosas y húmedas, hasta un inglés que logra vivir en Palaces con teléfono y termosifón.

En pueblos rurales y antiguos como estos nuestros del Sur, donde los ingle-

ses, los termosifones y hasta los teléfonos han venido siendo cosas raras y donde los indígenas ignoraban no sólo a Darwin, sino hasta la idea de progreso, era lógico que los civilizados de estos mismos países, los que sabían cómo se hablaba por teléfono, se calentaban las manos en un radiador y se pronunciaba "the struggle for life", les arrojasen a la cabeza, en furioso pedrisco, el término de cavernícolas. ¡Hombres de las cavernas! ¡Incíviles!

Pero, afortunadamente para los cavernícolas, andando el tiempo, comenzó a haber en el mundo auténticos civilizados que se preocuparon de cómo fueron y vivieron los auténticos cavernícolas. Y hasta cómo era su mentalidad. Levy-Bruhl les concedió a los cavernícolas ¡hasta mentalidad!

Poco a poco se les fué concediendo otras muchas cosas aún más superiores. Los cavernícolas no sólo tuvieron mentalidad, sino religión, invenciones, arte, mitos, organización social, piedad, heroísmo...

No sólo eso, sino que lo tuvieron en proporciones ingentes y admirables. Por-



El jabalí de la cueva de Altamira, ilustre cavernícola tan temido por Ortega.

que hubo de convenirse que fué más precioso para la humanidad venidera el descubrimiento del fuego que el de la goma de mascar. Y más el arado que la bicicleta. Y más el arte rupestre que la "pintura de historia". Y más el culto homeopático de los héroes muertos que el horno crematorio. Y más la caza del uro salvaje que las gallinas con pepitoria. Y más el sentido jerárquico del totemismo que los debates parlamentarios. Y más la creencia animista que el agnosticismo volteriano. Y más el bastón de mando del magdalenense—como el de la caverna de la Madeleine en Dordogne—que la chistera de Mr. Mac Donald.

Y no sólo eso, sino que andando aún más el tiempo, nada menos que andando hasta el año 1928—hace tres—, iba a haber un sabio alemán, Herman Wirth, que sentaría en su "Der Aufgang der Menschheit" (Jena) esta espantosa teoría, espantosa para todos los civilizados menos para nuestros pobres mártires cavernícolas: que un principio existió una raza primate, unitaria, nórdico-atlántica, de tipo cósmicosimbólico, de culto solar monoteístico, portadora de una alta civilización, de la cual procedió la cavernícola, posterior y ya en decadencia.

Tales ideas del Wirth están fecundadas por el gran regenerador de las culturas meridionales de Europa, el gran Bachofen, que—con Nietzsche—son los salvadores del cavernícola mediterráneo frente a los civilizados progresistas de la otra Europa.

Y no sólo eso: En el mismo año que Wirth, publica Edgard Dacqué, en Múnich, sus libros, *Urwelt* y *Sage und Menschheit*, en los cuales el pobre cavernícola se transforma, se transforma ¿en qué? En algo supremo y divino: pues no "es el hombre quien desciende del mono, sino el mono quien procede del hombre". No del hombre actual, sino de uno originario, típico y magno, un *Urmensch*. ¡Lo cavernícola! Estirpe regia de la humanidad. ¡Los cavernícolas! Seres con una conciencia alta del destino humano, con un sentido trágico de la vida, en lucha divina con el cosmos,

trazadores de las primeras grandes rutas de la especie!

Yo creo que aún es tiempo de corregirnos en los dictorios contra Fray Junípero. Por honra de la especie dejemos en paz a Fray Junípero y quitémosle rápidamente ese sambenito de lo cavernícola que ha resultado, a la postre, una túnica de suprema espiritualidad.

No llame más cavernícola, querido Heliófilo, al bueno de Fray Junípero. Si quiere honrar a alguien con ello, llame, llame en voz alta y sin miedo ¡cavernícola! a don José Ortega y Gasset, nuestro maestro admirado.

Y si le parece aún poco, llame troglodita a don Miguel de Unamuno.

Yo—como buen Robinson, como buen cavernícola de España—me estremeceré de gusto al ver, por fin, que alguien más que yo defiende y exalta mi eximio—*ex-simio*—gremio.

El terror de lo español

En el debate parlamentario sobre la enseñanza el eje no ha estado sobre si el Estado mantendrá o podrá mantener su enseñanza en las regiones autónomas: sino en el terror que a todos ha inspirado pronunciar, codificar la palabra "español".

Lo castellano, el castellano, la lengua castellana, lengua oficial de la República... ¿De qué habrá servido al profesor Wagner reconocer en el español una lengua koiné, panmundial? ¿Y a Menéndez Pidal y generaciones de españoles, reconocer en "el español" una lengua universal, por encima de la particular que es el castellano?

¿Pero no hay nadie que ose decir en la Cámara más importante de España que la lengua castellana no es la española, como no es la española el gallego, el leonés, el catalán ni el manchego?

¡Cobardes! Castellanos cobardes. Que ya no os atrevéis a llamaros españoles. ¡Cómo se van a atrever a llamarse españoles los catalanes, si vosotros, más que ellos, tenéis el terror de lo español!

Los hijos de sus padres

Resulta singular en España el sistema de los "legados políticos", de los "legados políticos" que dejan en España los políticos al morir o hacerse viejos.

En España las ideas, teorías y usufructos de un político no los hereda un partido, un grupo público: los recoge uno de la familia: el hijo. Lo público de un hombre público en España necesita hacerse privado para volver a ser público.

Eso se ha visto con el legado político de Primo de Rivera, que ha correspondido por entero, casi como un premio de lotería sin participaciones, a su hijo José Antonio.

Eso se ha visto en el legado político de los constituyentes, cuyas prebendas posibles pasaron a los hijos. Hijo de Sánchez Guerra, hijo de Bergamín, hijo de Ossorio.

Eso se ha visto en el legado político de Antonio Maura. Cuya fortuna pasó primero a la administración de Gabriel, para caer en manos—luego—de Miguel, quien parece mucho más hijo de su padre que Gabriel.

A España estas piedades filiales y patriarcales le satisfacen mucho.

Aun reciente está el éxito sentimental que obtuvo el hijo de Primo de Rivera. Ahora es el éxito obtenido por el hijo de Antonio Maura.

El primorriverismo y el maurismo no han encarnado en España sobre grupos, corrientes, ideas partidos, sino sobre per-

sonas de la familia, sobre hijos. Hijos de sus padres.

¿Quién puede continuar la obra de Primo de Rivera?—se pregunta España— ¡Pues su hijo!—se contesta sin vacilar.

¿Quién puede revivir el maurismo de Maura?—se pregunta España—. ¡Pues su hijo!—se contesta sin vacilar.

Este sentido medieval, profesional, casi masónico, de la política en España—este "zapatero a tus zapatos"—hace pensar en el culto a la sangre, a la casta que queda aún en nuestro país, por encima de toda clase de ideas; de toda ideología como cosa en sí.

El Robinson con hispanistas

Martinenche

Ha estado Ernesto Martinenche en Madrid. He estrechado su mano con la reverencia que me inspira su obra, su amor por España y la magna perilla calderoniana con que acredita auténticamente su hispanismo y su grave rostro de caballero español transido.

Martinenche le conocí en Madrid hace muchos años. Yo un adolescente. A Martinenche lo leí en Estrasburgo, entre niebla y lluvia. Y sus evocaciones dramáticas de una España mejor, sus hallazgos sobre lo que la comedia española había triunfado en Francia, desde Hardy a Racine y Molière, me hizo tomarle simpatía simbólica y nostálgica.

Ahora es director de ese Instituto Hispánico, del que es secretario nuestro gran Aurelio Viñas.

Querido Martinenche: un saludo reverente para siempre, en su paso por la romántica España de siempre, de bandidos y caballeros.

Gamillscheg

También he estrechado la mano del filólogo Gamillscheg, el hispanista de Berlín, aquel de quien ya hablé en mi *Círculo Imperial*, y que tan bien me trató en su Seminario románico y en su casa.

Gamillscheg, gran vigía germánico en la nueva Iberia, ha demostrado que las ilusiones góticas de aquellos españoles que todo lo fiaban a lo gótico, deben desvanecerse. El influjo visigótico fué muy pobre en nuestra España. (¿Cómo vertebrarla ahora si no tenemos jóvenes góticos más que en el Parlamento?)

Y sin embargo, querido Gamillscheg, los verdaderos iberos fueron siempre muy germanófilos.

Salvo Ortega y Gasset, que resultó francófilo durante la guerra, a pesar del aria de su vertebración aria, el resto del pueblo ibero se sintió muy hermano de ustedes, o, como decía un andaluz, *mu hermano*.

Apunte esta observación entre sus fichas de tipología, de toponimia y de curvas melódicas.

Victoria Ocampo

A Victoria Ocampo no la conozco ni la trato. La conozco y la trataré en mi próximo *Robinson*.

Como ha venido por el mar, el Robinson de hoy saca por hoy solamente su pañuelo blanco de naufrago, para agitarlo; sin usarlo.

Ehrenburg

También hablaré de mi amigo Ehrenburg, que me convidó a un vermouth hace tres años en París. Ahora está en Madrid este Ehrenburg, ya gran hispanizante, a quien yo traduje por primera vez al español en esta GACETA. Salud, amigo.

Manifiestos del Robinsón

Yo soy un rabioso anticlerical

¿Qué creían ustedes, que porque yo no me comía fritos a curas y frailes y monjas, no era yo un rabioso anticlerical?

Pues sí: más anticlerical que nadie. Con rabia hidrofóbica. No solamente eso: creo que la salvación de España y la del mundo—si España y el mundo han de salvarse—está ahora en el anticlericalismo rabioso.

Cuando yo me leo esos libros como *Die Kirche in der Karikatur*, o ese librito mejicano, *La Iglesia católica ante la crítica*, y esos periódicos anticlericales que se publican en España y en el mundo, y veo tanto fraile, monja y cura tundidos por el pueblo, me refocio como se refocila el pueblo.

Cuando yo veía, en Madrid por el mayo, impertérritamente, quemar ante mis ojos los conventos de las órdenes religiosas, mi voluntad no se rebelaba un punto contra eso que la gente estimó barbarie anticristiana. Hubiera soplado en el fuego con toda mi fuerza.

Cuando, a veces, contemplo que un clerical se refugia, de paisano, en recovecos de la ciudad, y sufre y se atormenta, mi gozo se hace indescriptible.

—Entonces—me dirán—, ¿usted es un feroz antirreligioso?

Lo que yo voy siendo es un religioso feroz.

Durante tres siglos viene dejando la humanidad de preocuparse de su único problema humano, que es el de sobrevivir y salvarse, el de encontrar un cielo para su Muerte.

Durante tres siglos viene dejando la humanidad que las sonrisas de un jesuita perverso como Voltaire, trasciendan al laicismo intolerable de ese frailecillo luterano de Kant y vaya ganando terreno en la judiada del marxismo, en esa de que todo ha de resolverse por las tripas, y hacer de las tripas: corazón.

Durante tres siglos viene dejando la humanidad que sus almas más agudas y sensibles y trágicas y salvadoras, se desvien de la Humanidad, de lo colectivo, de la piedad comunal y tiendan sólo a ensayar inútiles soluciones de sus propios problemas individuales, ególatras, abandonando las masas humanas a la desesperación, a la irredención, abandonándolas a sí mismas, a no saber cómo pasar ya la vida y llegar a la muerte y poder seguir viviendo después de la muerte.

Durante tres siglos viene dejando la humanidad que esa tragedia divina, la única del hombre, quede en manos de profesionales de la religión, de seres cansados, sin fe, sin genio, sin coraje y, en el fondo, sin Dios; en manos de la cáscara de la religión que son los clericales: del órgano sin función, de las asp-as en el vacío.

¡Ya sabe el pueblo lo que quiere cuando tira lo que no le sirve! ¡Ya sabe el pueblo lo que anhela de Dios cuando maldice de Dios, es decir, de sus falsos representantes.

El clericalismo es el caparazón de toda religión sin vida. El clericalismo es la ceniza del fuego consunto. ¡Vida, vida religiosa, llama, fuego, brasa, solución de la Muerte y de la Vida, de la tragedia humana, es lo que quieren otra vez esas pobres masas infinitas refugiadas en las tripas del comunismo, que por lo menos son tripas, son algo! ¡Esas pobres gentes que queman conventos y azotan frailes, porque los frailes y los conventos les daban menos ya que el mondon-go comunista!

No es la primera vez que pasa, ni la última que pasará.

No es verdad que el pueblo, que los hombres puedan pasarse sin Dios. Lo que pueden pasarse es sin pan, sin tripas, pues los hombres no son fieras, sino románticos. Ni una sola guerra ha tenido por causa el materialismo histórico, judío Marx. Ni una sola acción individual se mueve por las tripas, judío Marx. Tú mismo, judío Marx, disfrazabas de piedad materialista por las masas, lo que en el fondo era tu puro rencor personal de proscrito, de insatisfecho, de demoniado.

España debía saber algo de esto. Y lo sabe, sin duda. Como lo saben todas las tierras que parieron santos. ¿Qué fueron San Francisco y Santa Catalina y Santa Clara, Santo Domingo y San Ignacio y Santa Teresa, sino anticlericales furibundos y rabiosos?

¿No estuvo San Juan de la Cruz en la cárcel, metido por la clérigalla? ¿No fueron sometidos a vigilancia, índice y persecución los reformadores del Carmelo y de Jesús, y los *fraticelli* franciscanos, terribles anticlericales? ¿Qué fue la Compañía de Jesús, sino una milicia de hierro y de abnegación—de anticlericalismo—contra la beocia putrefacta y cobarde de aquella España clerical, de aquella Europa clerical que se dejaba pulverizar por herejes?

Cuando oigo hablar de formar un partido nacional—y lo que es peor, nacionalista—yo me río de angustia.

¡Partidos! ¡Otra vez partidos! Cómodos laicismos que lleven a los pies otra vez hacia las tripas. ¡Partidos nacionales, singulares, modernos!

No, no. Expulsemos, disolvamos, trituremos—ante todo—toda orden religiosa, toda clérigalla internacional sin sentido.

Y, después, fundemos la gran estructura religiosa que recupere todo. Sometamos a orden religioso la vida otra vez. Volvamos otra vez a lo internacional para poder salvar cada nación, cada grupo de gentes.

¡Que el mundo se muere de asco, que el mundo se muere de angustia—olien-do a sangre y a mondongo—sin una mano piadosa que, como la del gran inquisidor de Dostoievski, le abra los ojos de esperanza y salvación, cuando los ojos se le cierran de terror y de desesperación ante la Muerte!

¡Basta de inventos! Muerto Edison, basta de americanadas! Inventemos a Dios—otra vez y solamente—por piedad, por misericordia, por amor y por sentido sacro y perdurable de la especie.

¡Basta ya de sabios y humanistas! ¡Ahora sólo santos y mártires otra vez!

¡Uníos—otra vez en Dios—anticlericales, sin Dios de Rusia y Méjico, hermanos míos de todo el mundo!

Hacia nuevas órdenes religiosas

P O R Z A

El envío a mi dirección personal de todos los papeles, documentos, noticias, reglamentaciones y pormenores del movimiento PORZA para que yo intente difundirlo en España y consolidar en nuestro país esa curiosa y nueva institución internacional del *Porzismo*, me ha hecho antes que nada, preocuparme de si valía la pena de ello.

No he de ocultar que mi primer pronto frente al movimiento PORZA fué de antipatía, negativo. Después he superado esa instintivez en reflexiones trascendentes. Por eso me ocupo ahora mismo de PORZA.

PORZA es lo siguiente: PORZA es el nombre de un pueblecito alpino, al borde del lago de Lugano, donde convivieron durante tres años un pintor alemán (Alvensleben), un escultor italiano (Bernasconi) y un pintor ruso (Bryks).

Habiendo experimentado el beneficio de una intimidad semejante—dice uno de sus relatores—y el enriquecimiento que a cada uno de ellos había aportado el conocimiento de los otros dos artistas, distintos todos como eran en nacionalidad y temperamento, quisieron que tales beneficios pudieran también beneficiar a otros. Entonces, Alvensleben decidió fundar en todos los países *casas* donde los artistas y los intelectuales pudiesen congregarse, vivir en común, trabajar, reposarse, para favorecer mejor los intercambios internacionales del arte y de la intelectualidad.

El 6 de octubre de 1928 se inauguró la primera *Casa Porza*, en Cadempino, o sea cerca de la primitiva sede originaria.

Ya la dirección central se había establecido el año anterior en Berlín. Y se había abierto una pequeña Exposición bajo la rúbrica de *Porza*.

El movimiento no tardó en extenderse más allá de Berlín y tomar el nombre de *panmundial*. Sus disposiciones generales eran estas:

Artículo 1. *Porza* es una sociedad



Monserat, posible Casa Porza española

panmundial. Sin programa político alguno, aspira a tener unidos cuantos espíritus haya en el mundo dedicados al estudio de las ciencias y de las artes.

Art. 2. La Sociedad *Porza* decide en modo especial:

a) Construir y mantener en todos los países de la tierra *Casas Porza*, con el fin de ofrecer a sus socios calma, salud e inspiración. Estas Casas se fundarán y sostendrán mediante subvenciones de particulares y de Gobiernos, y estarán a disposición de todos los socios sin distinción.

b) Organizar Exposiciones nacionales o internacionales, así como conferencias, conciertos, espectáculos, etc.

c) Editar una revista internacional.

d) Ayudar a los socios a conseguir trabajo.

Art. 3. La Sociedad *Porza* se compondrá de grupos nacionales que, teniendo cada uno su administración autónoma, estarán sujetos a una dirección in-

ternacional. La calidad de socio se puede obtener perteneciendo sólo a uno de los grupos nacionales.

Art. 4. Los socios podrán proveir de cualquier sector intelectual.

Art. 5. La Sociedad *Porza* extenderá sus organizaciones por todo el mundo.

Art. 6. Su distintivo consiste en un círculo de oro sobre triángulo azul.

Poco a poco, este articulado ha ido convenciendo a las singularidades intelectuales, a las llamadas *élites*.

Así en Francia, gracias al apoyo de Jean Schlumberger y Arthur Fontaine, pudo obtener de Paul Desjardins la reserva permanente de un cierto número de cámaras en la famosa Abadía de Pontigny, donde ha estado ya recientemente Eugenio d'Ors.

Asimismo, el pintor Albert Gleizes ha ofrecido al borde del Ródano tres de sus habitaciones.

De igual modo se intenta en Holanda, Inglaterra, Italia, etc. Agrúpanse los artistas e intelectuales. Y vanse solicitando de Gobiernos y particulares refugios espirituales y bellos, donde por módicas retribuciones pueda el artista y el intelectual hallar reposo, belleza e inspiración.

Hace pocas semanas, entre nosotros—ya lo contaba yo en mi Robinsón número 2—, un escritor joven italiano, Piccoli, ha estado viviendo con los frailes de Silos.

Y pocos días ha, un grupo de jóvenes pintores y escritores de San Sebastián marchó también a nuestra abadía de Silos a pasar cuantas horas pudieran—como hizo Rubén Darío en un convento balear.

Las residencias de profesores y estudiantes—tanto en España como en el Extranjero—prefiguaron ya este tipo de Casas Porza.

El movimiento está en marcha, y lo que necesita es encauce y profundización.

La parte puramente hotelera y menuda yo sería incapaz de llevarla en España. Siempre me han molestado tales oficios.

Pero ya me he puesto al habla con elementos de nuestro Turismo que podrían ayudar grande y eficazmente.

Creo que la intervención de un Pedro Salinas, de un Almagro—así como las de un Alberto Jiménez y la de un Marichalar—serían mucho más útiles para PORZA que mi humilde cooperación robinsoniana, tan solitaria y tan antisocial.

No es lo más prudente confiar a un Robinsón, abandonado por sus compañeros en la isla de penitencia, para que los reduzca a grupo y a vida hermanada.

En cambio, yo creo que me sentiría con fuerza para prolongar tal movimiento PORZA a mayores consecuencias.

Porque para mí lo que tiene PORZA

La magnífica mansión española de Guadalupe

ASCEsis COMUNISTA

Nueva moral de lo abominable

de atrayente es que cristaliza a su modo un anhelo oscuro que viene acariciando la hermandad intelectual desde que la laización de su vida la dispersó por el mundo.

Lo que yo veo de obsesionante en PORZA es la iniciación y vuelta a las órdenes religiosas, la vuelta a la disciplina espiritual, el retorno a elegir en el mundo los paisajes más bellos, donde más luzca la gloria de Dios, y afinar allí nuestras Casas, nuestros nuevos conventos.

El Turismo—esa institución bárbara que es el Turismo—no puede llevar nunca sus brutales autocarros a grandes paisajes sin encontrar en todo grande paisaje enclavada una ruina de abadía, de monasterio, de Casas Porzas de antaño.

En la hora del comunismo, nueva hora cristiana del mundo, a cada cual según sus necesidades. Es decir: a los ne-



Dibujo de niño ruso
(Publicado en la revista «Porza»)

cesitados de soledad y paisaje sublime, refugios Porzas, fábricas de espíritu, producción de lirismo en serie y en serio.

No de otro modo se fundaron las grandes órdenes monásticas. Cluny, Camaldula, Cister, Carmelo, Temple.

¿Dónde instalaron sus casas los benedictinos, los cartujos, los franciscanos?

Orillas de lagos, cimas de montañas, valles de luz—imperios de soledad, gracia, trascendencia, silencio y belleza.

¿Cómo se realizaron esas casas? Por donaciones de particulares, por renunciaciones de señorios.

Y cuando no era eso posible—por sistema mendicante. Que hermanos mendicantes fueron siempre los intelectuales. Pobrecitos, espirituales, hermanitos, fratricelli, vandervogel.

El artista y el intelectual—siente ya la angustia, insostenible por más tiempo—de su dispersión, de la rotura de su hermandad.

A soldar esa rotura—a crear otra—tienden todos los esfuerzos de las “cooperaciones intelectuales.”

Tienden esos agrupamientos en “Sindicatos”—con obreros manuales del sector o grémio donde ellos son las cimas. Rusia, Italia—todos los países sindicalistas, buscan y tratan de librar al pobre Robinson de su condena; al pobre intelectual perdido en la isla de su individualidad. Tratan de disciplinarlo nuevamente, de encuadrarlo, de socializarlo, de rehumanizarlo.

PORZA—en este sentido—significa un paso más, un grito más en la angustia colectiva. Llegará un día—y próximo—que este sueño de salvación intelectual, de redención, no será un sueño, sino una realidad.

Pero para que esa realidad deje de ser sueño no hace falta sólo un turismo trascendente a lo PORZA, sino una revolución trascendental. Que el artista—sin dejar de ser artista—encuentre detrás de la Naturaleza un nuevo motor de la gran máquina. Una nueva clave que reduzca a orden puro toda pura inspiración. Un nuevo mito universal y necesario que encuentre una nueva música que resuma en sinfonía toda singular nota.

Que encuentre lo que se expresa en una sola palabra, hoy vacía de sentido: DIOS.

Cuando los marxistas hablan del trabajo obligatorio para todos los hombres y de que no comerá el que no trabaje, quieren, sin duda, decir algo, pero no aciertan la manera, sobre todo la manera de ponerlo en práctica.

Sin ser marxista, la solución se me ha ocurrido más de una vez. ¡Tan sencilla! Pues no es sino una cuestión de gimnasia. Una simple solución higiénica.

El otro día estaba yo sentado en un banco, gastando el sol de mediodía a conciencia, en ocio perfecto, económicamente. A mi lado un barrendero, sin gozar del sol ni de lo que estaba haciendo, con fatalidad proletaria, recogía en cogedor unas boñigas de perro y unas mondaduras de naranja.

La otra mañana bajé a la estación muy temprano. Hacía mucho frío. Me paseaba energicamente. En los retretes una mujer vieja fregaba con estropajo, jabón, lejía, bayeta y escoba, el suelo de cemento, purificándolo de orina viajera, que no por transeúnte era menos orina, fétida y acre.

Lo pensé entonces, como otras veces, sin ser marxista. “Bastaría que el “Capital”, todas las mañanas o todas las tardes, tras su gimnasia sueca o tras su aperitivo, limpiase los retretes de la estación, recogiese las basuras de la calle.” ¡Qué deporte señorial!

(No es otra la solución de la cuestión



Huellas abominables, por Maruja Mallo.

Capital-Trabajo. No consiste esa solución en que todos trabajen, sino en que todos trabajen en recoger basuras de perro y mondaduras de fruta. Consiste en dar a ese oficio la importancia social que hoy se da a firmar presidencialmente decretos desde lo alto de un Gobierno.) Yo todavía no cultivo ese deporte señorial. Para cultivarlo necesitaría no considerarlo como deporte. Pues me parecería, en tanto que deporte, inmoral. (Porque es inmoral todo deporte.) Necesitaría un impulso social externo, una “regla monástica” que justificase el impulso interior de mi conciencia. Dicho de otro modo, necesitaría un deber.

Si lo hiciese yo sólo—recoger boñigas, limpiar urinarios—se me tomaría por un extravagante, o lo que peor sería, por un santo.

Convertida esa acción higiénica—de bajarse todos los días hasta la mierda de los demás—en acción social, valiosa, como sucede en las órdenes cristianas, pero sin la soberbia de las órdenes cristianas de creer que por ese camino se llega a Dios, en vez de considerar que Dios es eso y hay que vencer a Dios en su último refugio, entonces sí, lo haría con gozo serafico.

Mientras tanto llega esa hora social de irnos todos a la mierda, es decir, al cielo, yo tengo mis ejercicios cotidianos de gimnasia íntima, mi ascésis ética. Cosa que no tengo, más que a ratos, discontinuamente, para la gimnasia del cuerpo.

Yo no he llegado a tomar en serio nunca a mi cuerpo. Por tradición cristiana, oriental; por lo que sea. De ahí que a veces me ponga frenéticamente a cultivar el deporte físico, el de gran aire, y la gimnasia de cámara: la higiene somática. Siempre termino enfermo. Nada hay que me siente peor que la higiene. Nada hay que siente peor a mi salud que preocuparme de ella. Lo mismo me ocurrió en literatura. Todo mi período de exaltación del deporte, de Hércules, de un mundo plástico y clásico, lo veo ahora como una alucinación, sin consistencia y apenas sin solidaridad conmigo mismo. Con la solidaridad de las alucinaciones.

En cambio gozo con placer secreto, por mis oscuras y alegres alcantarillas morales, cuando me ejercito en acciones sociales indecibles. Esta ascésis sí, la practico todos los días. Me gusta pasar por charlatán, por clínico, por cruel, por servil, por avaro, por innoble, por arrivista, por afanoso, por sucio, por indiferente, por frívolo, por canalla. Y si me apurasen mucho, hasta por criminal.

Cuando yo veo en otra persona cualquiera de esas actitudes abominables, siento dentro de mí que se rebela toda mi esencia noble y que me echaría sobre esa persona para aniquilarla del mundo.

Como he supuesto que los demás sentirían esa misma odiosidad hacia mí si me sorprendiesen en tales actitudes abominables, acepté lo abominable en mí como salvación, como el máximo de los peligros, como mi subida al monte Carmelo, como mis más puros ejercicios espirituales. (Me consideraría capaz de regular esas nuevos ejercicios espirituales en un breviario ignaciano.)

Ver a una persona hurgarse en la nariz o hacer otras porquerías aún mayores, con secreciones corporales, me fulminó siempre de hostilidad hacia esa persona. No se lo he perdonado nunca ya jamás. Pues bien, yo he logrado que me sorprendan en esas suciedades hasta los



Dibujo inédito de Angeles Santos

seres más queridos y más nobles de mi vida, aquellos cuya repulsión hacia mí persona pudiera serme fatal para siempre, llevarme incluso al suicidio. Y, sin embargo, me atrevo. Me aventuro.

Adoptar una actitud servil hacia alguien me ha parecido y me parecerá siempre—¡a un Robinson nato!—lo más

ignominioso del hombre. No obstante, ¡cuánto gozo al sorprender que alguien me llama alguna vez cobista, adulador y hasta lacayo!

Yo sé que aquel que me insulta o me ofende de palabra o de intención, se jura en cruz. Y, sin embargo, ¡ya puedo decirme cosas, ofenderme, sonreírme! No tema que me revuelva. Le miraré a la cara dulcemente.

Me gusta imaginar una escena y verla en espera de que llegue un próximo día:

Alguien, irritado por mi antipatía, mi insignificancia, mi repulsión, mi odio.



Pintura (Dalí) de lo abominable

dad, mi ser abominable, se me acerca amenazador: ¡Pero usted es un mierda! Y yo, entonces, transfigurado, serafico, sublime, dejándole terrorífico, con mi figura repentina de ángel y mi voz celeste: Gracias, gracias, amigo mío.

No se asuste nadie de verme emplear la palabra mierda con respeto. No lo hago por ahuyentar al burgués como los surrealistas franceses, que siguen siendo los cocotos de la literatura, o como ese pobre Cocteau que ha debido emborracharse de opio para liberarse, al modo de esas señoras que se someten a la cirugía para estirparse el ovario inútil. No lo hago por vicio tampoco, ni por amor de lo sucio y de lo bajo.

En la nueva moral de lo abominable que comienza a regirnos, la mierda va a pasar a serlo todo: la divinidad misma. Y a toda divinidad se le debe respeto.

Cuando ya el oro no vale en el mundo. Ni el héroe. Ni el amor. Ni la forma. Ni Dios. Ni las ganas de vivir.

Cuando lo que vale es ese pobre criminal de ergástulo, pisoteado hasta ahora por todos. Y esa pobre puta de las piernas gangrenadas, maceradas como las de Cristo, soportando en ellas la cruz de toda la humanidad. Cuando lo que vale es el santo rencor de lo humillado, de lo escarnecido, de lo tísico, de lo sifilítico, de lo hambriento, de lo innoble, de lo paupérrimo, de lo soez, de lo barriozoso, de lo canalla, de lo triste, de lo desesperado, de lo sin remisión, de lo abominable, ¡qué ángeles de luz, sobre el limo, sobre la mierda, sub-límites, cantan e irradian en ese epiplasma humano, en lo último del hombre, lo último del cuerpo del hombre, que es lo último de lo último: el excremento. O, dicho angelicalmente: la mierda!

[Inefabilidad de lo abominable! El Robinson—por extraña subversión—, al sentirse solo, solo al pie del árbol, en su oración del huerto, le parece estar unido de los santos óleos que trae el ángel en el cáliz nuevo de la ascésis comunista. Le parece estar esperando esa hora social y santa del excremento, como el starter que espera en tensión el disparo para la carrera; esto es—magníficamente entrenado—, sobre la pista nuevamente humana (divina) de lo abominable.



La prensa nefanda

A B C

Me acerqué el otro día—¿cuándo?—, el otro día; me acerqué a las puertas de A B C. Eché mi Robinson Núm. 1 en las manos abuzonadas de un portero. Con el temor y con el hervor que se echa un alfiler en la virgen de los alfileritos toledana. ¿Para un deseo bueno, para un deseo malo? ¿Para un secreto de amor o para uno de venganza? ¿Alfiler blanco, alfiler negro?

De todos los periódicos de España el que me inspirará siempre más intimidación, ése: A B C.

Me han pasado pocas cosas con A B C. Pero las pocas, trascendentales.

Piensa el Robinson aquella tarde de primavera—¿cuántos años hace, dieciséis, diecisiete, dieciocho?—cuando, trémulo, garzón, se acercó hacia aquella ventanita de la izquierda—¿a qué?—. A recibir quince pesetas.

El primer dinero que ganó el Robinson en su vida de poeta, fué dinero de A B C. Es decir: del noble abuelo Blanco y Negro. El Blanco y Negro publicó mi primer verso. (Primero y último.) Aquel magnífico soneto que se titulaba "El si-



glo de oro". (Ortega y Gasset publicó en Blanco y Negro sus Ermitas de Córdoba.) ¿Primer ensayo de Ortega? "Azorín", Pérez de Ayala, Gómez de la Serna... La Pardo Bazán... Zahonero... Gabaldón, Taboada... Méndez Branga... Fotografías de Cuba: Guerra del 98. La Puerta del Sol, Cavite. (Blanco y Negro, 1900 de España, Paul Morand, oh, 1900 de España!) Primeros automóviles como carrozas, como mitologías. El rey niño, pálido, dolicocefalo, sonriente, con teresiana y tupé. La regente con falda abullonada. Tilburí guiado por una mariposa. Cánovas en Santa Agueda. Tipismos de Madrid. Chulería. Teatro Apolo. Pérez Zúñiga. No-vejarque y Atiza. Es decir: la primera hemeroteca—Noticiario mudo—de uno. De uno; y de todos. No sabrá nunca—uno y todos—lo que la literatura contemporánea debe al abuelo Blanco y Negro, a nuestro 1900, que yo hojeaba mil veces en la butaca de mi abuela; ya en mis primeras soledades.

Después corrió el tiempo. Corrió. Un día, encuentra el Robinson un libro de baratillo. Lo compra por una peseta. Se

lo lleva a "Azorín". "Azorín" no le recibe, ni a él ni al libro. El Robinson tuvo que volverse con el libro. Y contárselo al Sol. (Era la Castilla de "Azorín" dedicada al director de A B C.)

(Aun conservo ese libro en mi librería. Libro fatídico.) Por vez primera: A B C se ocupa de mí. Me llama perista. Desparpajoso. Jiménez. (Jiménez con J y a secas.) Y se pregunta asombrado quién era yo. (Tamaño ofensa: ¡quién era yo!) Pues yo era un jovencito que le hizo mucha gracia aquello y que puso una cara circunstancial terrible.

¡Ahí era nada! ¡Haber concitado la ira—en aquellos tiempos sacra y fulminea—del todopoderoso director de A B C! Y con una impertinencia—que ahora, conmovido, todavía considero: encantadora—me cogió al pobre Andrenio y al gran Américo Castro, aquella noche a medianoche:

—¡Ustedes son mis padrinos! Me voy a batir a espada con A B C.

Ellos aceptaron honrados. Eran también dos caballeritos como yo.

A la mañana siguiente—Ego Sum—rectificaba; y por creencias respetables, cristianas, se negaba a cruzar su espada con la de Giménez, a quien le había aparecido, de pronto, un Caballero pegado en el apellido.

Pasó el tiempo. Antes de morir don Torcuato Luca de Tena, cuando estaba gravísimo, le escribí.

Me dolía que llevase al otro mundo la espina de mi impertinencia. Como buen luchador y buen entendedor que era, debió plenamente absolverme.

Su hijo, Juan Ignacio, creo que no ha debido absolverme del todo. Heredero de una fama paterna ya cristalizada, nunca podrá darse cuenta de lo que significa en una fama llegar a la cristalización, a la inmovilidad mineral. Es algo de lo que ocurre al hijo de Primo de Rivera, que rompe sus leyes, su espada y su vida, en honor a una "venerada memoria": a un culto filial, privado. Yo no sé hasta qué punto hay derecho a convertir—salvo en nosotros, los poetas—lo privado en asunto público. Pero en España esto suele tener éxito casi siempre. Como le ha sucedido al hijo del dictador, cuyo parlamentario gesto filial ha conmovido al sensible corazoncito madrileño.

Con el hijo de A B C, Juan Ignacio, hablé una vez algo despacio. En el mismo A B C. Eran pocos meses antes de la República.

Fuí a rogarle que dedicase su periódico más atención al cine educativo, cuyo porvenir en España era indudable. Me dió la impresión exacta de eso que con inexactitud peyorativa ha empezado a llamar Ortega y Gasset "el señorito madrileño"—(¡Ortega y Gasset, otro hijo de periódico, cuyo "señorismo" algún día habrá que analizar sin peyoración alguna!)

Hablando, hablando, insinué vagamente si A B C me acogiera en el caso de que El Sol me echase a la calle más de lo que había ya echado, que era casi por completo. (También se lo pedí al Heráldo.)

Juan Ignacio me dijo que no era posible. Pero, como don Nicolás Urgoiti, me llenó también de elogios. Me dijo que era un gran escritor, un periodista formidable y tal. Pero, como don Nicolás, prescindía de mis méritos.

En España, ya se sabe, basta que una persona tenga aptitud o vocación para una cosa para que en el acto se la deje cesante. Y se la encierre en "la zona de lo indeseable". Eso se ve ahora con la República como se veía con la monarquía. La selección al revés es una de las más claras deformaciones del alma española contemporánea.

Y no lo digo esto por mí. No lo digo por resentimiento, en mi modesto caso, ni contra don Nicolás Urgoiti ni contra Luca de Tena. (Uno, que va para santo, va estando ya por encima de esas pe-

queñeces españolas.) Lo digo mirando con tristeza a España, cuya sordidez constitutiva no mejora por más re-constituyentes que injiera. (¿Cuándo será otra vez España liberal, es decir: generosa?)

Presencí todo el asalto a A B C, el domingo aquel de mayo. Presencí el motín frente a la casa de la calle de Alcalá donde se guarecía Juan Ignacio. Vi quemar su coche. Desde entonces no volví a encontrar al hijo de A B C.

Ahora le he saludado al pasar yo por San Sebastián. Tiene un aire más grave. Su pelo es más gris. Conserva en los ojos un aire encendido que le dignifica mucho. Su gesto aquel de "señorito" fué su primer derecho a la consideración pública. Mucho más que sus comedias o películas.

Hoy el A B C—sin padre y sin hijo—ha perdido en calor, ha ganado en ceniza. Se ha enfriado. Timorato, mordido el calcañar por Ahora, A B C se fatiga, jadea.

Todavía no ha perdido esa sincerización magnífica que le dió don Torcuato; que hizo de A B C el Times español sin intentar hacerlo, como intentó El Sol, Sol anglosajón y gótico, sol lleno de brumas exóticas. El Robinson sigue leyendo con más gusto que A B C, su Blanco y Negro.

Todo lo mejor que perdura de A B C es alma de Blanco y Negro. Hasta el edificio—fachada de Serrano, ¡eh!—. Hasta ese modern styl, un poco catalán, un poco 1900, un poco surrealista, ese modern styl que empieza a estar de moda entre las restauraciones más jóvenes del arte avanzado. Si la restauración de A B C llega algún día, será precisamente por la abuela fachada del Blanco y Negro.

La buena prensa

I.—RELIGIOSA

Fray-Lazo

Fray-Lazo está editado por Gómez Hidalgo. Editorial República, Avenida Pi Margall, 18. Se titula: "Semanaario anticlerical cortésmente desvergonzado". Tiene un resonante éxito. Recoge los mejores aromas del consunto Motín. Su sección más solemne es la dedicada al acto de la confesión. Allí opinan los más ilustres escritores del país. (Del País, aquel periódico de Castrovido.) Sin ser del País ha sido invitado a dar su opinión el Robinson literario de España, adjuntando un retrato. Desde aquí—y sin retrato—se la ofrezco honradísimo al señor Gómez Hidalgo:

"Toda confesión sobre el acto de la confesión me parece un acto cortésmente desvergonzado." O dicho de otra ma-

Fray Lazo
Don Niceto, radiografiado



nera: "Todo acto desvergonzado sobre la confesión me parece una confesión cortésmente inconfesable". O bien: "Toda confesión en voz alta me parece una des-

vergüenza". O bien: "Toda desvergüenza en voz baja me parece una confesión".

El gran tema de Fray-Lazo son los frailejos y las fraillazas. Tiene monjas encinta en disposición de desocupar sus claustros. Una niña que confiesa a su confesor lo que dice su madre al ir a dormir: "Con Dios me acuesto, con Dios me levanto".

Curas en forma de cucarachas. Encerdados. Envacados. Ennavajados. En pelota. Entrabucados. Embutidos. Ensalchichonados.

El tema menor de Fray-Lazo es la política. Política de sátira contra todo elemento clerical de la República. El pobre don Niceto solía salir siempre como una auténtica chupa de dómene. Ossorio suele ir vestido de chula ajamonada, haciendo la carrera, sin que ya la siga nadie. Los anuncios de Fray-Lazo más frecuentes, son: Depilatorios, Libros de educación sexual, Peluquerías de señoras, el libro titulado Justicia, los Errores religiosos, Baños de artritis, Productos Marisa y Aguas para la diabetes.

Fray-Lazo es populachero, implacable, abroncado, carcajoso, tremebundo, feroz y disolvente. Tan terrible es, que sólo admite como colaborador serio a Balbontín.

El Badajo.

El Badajo tiene menos formato, menos hojas, menos tinta, menos texto, y—por tanto—menos frailes. Pero suple esta falta con borbones y publicando por entregas María, la hija de un jornalero, de Wenceslao Ayguals de Izco.

Colaboran Portillo, Soriano, Vidal y Planas. Lo dirige: Juan del Huerto, lo edita Castro, en Carabanchel Bajo. Se titula "Semanaario anticlerical independiente".

La viñeta bautismal de El Badajo es un badajo de campana—en forma de verga—que sale de la tripa de un fraile y se le queda entre las manos.

La Traca.

La Traca, para mi gusto, es más espiritual que El Badajo, que Fray-Lazo, que El Cencerro.

Se hace en Valencia, anónimamente, como un vaho de violencia que saliese de la vega, en canícula. Tiene la pólvora sublime de todo lo valenciano. Abrazos los ojos al leerla, y las mujeres corren porque las faldas se las chamusca La Traca. Sus cohetes estallan en la mano y desgajan los dedos. Los oídos quedan atronados de estampidos. Quema al Borbón con fuego de falla o de pelele de paja. Mete la mano a las beatas con codicia de fraile rabioso. Emplea la aléluya, verdaderos "goigs" popularísimos, de esta antirreligión suya. Va a lo gráfico siempre, a lo plástico, y se deja de literaturas en cuanto puede. Reproduce fotos de la Monarquía—en pequeño, fotos diminutas—que ya las quisiera Max Ernst para sus composiciones hiperrománticas. Por ejemplo, tiene una del rey al subir a un coche, con esta didascalia debajo: "El rey democrata confundido con el pueblo, habla afablemente con los cuatrocientos policías que le rodean."

El Gorro Frigio.

El Gorro Frigio no tiene de ventaja que emplear el rojo con el negro, como hace Gracia y Justicia. Se edita en Madrid, en la calle de Fernando de los Ríos. Es muy social, muy justicia y tierra, muy hoz y gorro frigio, El Gorro Frigio. Y un poco aburrido. A veces pone a una monja guapa agarrada a un cirio y acordándose del padre Cirilo. A veces a un fraile gordo tomando leche directamente de una vaca. Entre

esos frailecillos gordos y apatados, cerduños, porcunos, guarrunos, lechonunos, berracunos, tiene la amabilidad—a veces—de incluir a Pedro Rico, alcalde de Madrid.

II.—PRENSA DE HOGAR

La Guindilla.

La Guindilla es un periódico pequeño para picar por la noche, como una chincheta, como un pimentón, como una pulga a todos los santos varones y todas las santas Marías que usan por el día *El Badajo*, *La Traca*, *Fray-Lazo*, *El Gorro Frío* y *El Cencerro*.

La Guindilla es uno de los mejores representantes de esa "decencia nacional" que había de venir con la República.

la guindilla



ca—como vaticinó certeramente don José Ortega y Gasset. Es un índice insuperable de la nueva cultura socialista española.

Pone el "problema sexual"—este atroz y profundo problema, que lleva siglos de torturar a los mejores cerebros humanos—al alcance de todos los sexos, por 15 céntimos.

La Guindilla resuelve los complejos que Freud deja a veces sin solucionar.

La Guindilla recoge la tradición galante, culta, versallesca, exquisita que siempre ha caracterizado a España. Por ejemplo: Un fraile dice a una monja: —Sí, hermana; yo me piro por los suspiros de monje. Y la monja le responde: —Y yo, hermano; me muero por las pelotas de fraile.

Paco-Tilla.

Paco-Tilla es inclusera como *Gracia y Justicia*. ¿Saldrán del mismo horno, ya que ese horno está para bollos? Dice que se edita en Barcelona, Madrid, Buenos Aires, París, Ciempozuelos, etc. Esto tiene una gracia enorme y espiritual.

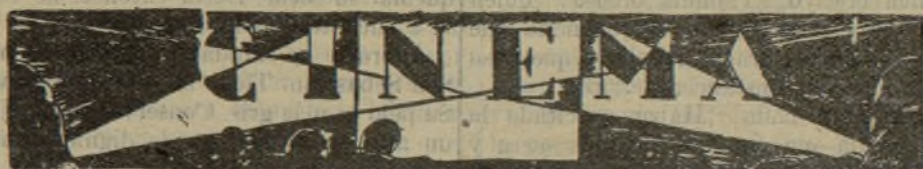
Se titula: "Semanario refocilante, macanudo y otras hierbas. Recomendado por el Gremio de señoras casadas y en estado de merecer, con el fin de asegurarles a sus "cachorros" la medalla del Trabajo. Portavoz de la Confederación Internacional del Descanso diurno. Miembro de honor del Club Marista Femenino." Esto tiene una gracia espiritual y enorme.

Entre los ensayos de alta colaboración que incluye en sus fondos ha ofrecido uno enorme y espiritual de Barriobero (es Barriobero—¿verdad?—ese seudónimo del *Cuñal Audaz*), titulado: "El magreo y la legislación."

Don Casto.

Don Casto tiene dibujos menos tipo "Viejo Verde" que *Paco-Tilla*, que *La Guindilla*. Muchachos y muchachas más atléticos, más resistentes a la castidad.

Por ejemplo: unas monografías sobre *El baile según la conveniencia social*, que no puedo dejar de recomendarlas a todos los buenos hogares, a todas las buenas familias. Tiene una Sección titulada "Madrid de noche" que me hubiera alarmado muchísimo a no saber que así pensó titular en *El Sol* su crónica



El Robinson y el Cinema

El Congreso Hispanoamericano de Cinematografía

Por fin se ha terminado, tras año y pico de gestación, el Congreso Hispanoamericano de Cinematografía.

He dicho pronto: "se ha terminado". No. El Congreso H. A. de C. no se ha terminado: se ha clausurado. Para terminarse hubiérase necesitado, por lo menos, una de estas dos cosas: O que los congresistas dejaran de tirarse los trastos a la cabeza, o que, de repente, hubiese nacido el Cine en España.

Como ninguna de las dos condiciones se han dado, de ahí que el Congreso—aunque clausurado—siga dando muestras de energía en los contraataques que su ilustre presidente el amigo De Benito y su no menos simpático secretario el amigo Viola dirigen contra insurrectos intolerables del Congreso.

Ya se anuncia para el año que viene una segunda edición del Congreso, en catalán, allá en Barcelona. Porque hay la esperanza—todos la abrigamos—de que en este cuarto de siglo que haremos durar el Congreso H. A. de C. vendrá Buster Keaton, como cameraman, a crear la gran industria española que ha de redimirnos frente al extranjero.

Yo he asistido a la incubación de este Congreso. No sólo he asistido, sino que he hecho de partero. (Partero es el que ayuda al parto y el que forma parte.)

Recordo perfectamente esta incubación a fines del año 1929. Una buena tarde nos encontramos en un despacho del Ministerio del Trabajo cuatro personas.

En este despacho, casi abovedado, inundado de fotos, de libros, emanando una intimidad extraña y encantadora para un despacho oficial, nos encontramos cuatro personas: su inquilino natural, D. Pedro Sangro. Los dos hermanos Viola. Y yo.

Don Pedro Sangro era el representante español del Instituto de la S. de N. para el cine. Además de eso, era uno de los primeros socios que tuvo mi Cineclub Español. Además de eso, era un caballero afable, noble y bondadoso, lleno de felices deseos patrióticos.

El me conocía, y cuando le expuse mi voluntad de cooperación para el cine educativo en España, vió abierta una vía digna de ayuda entusiasta.

Los Viola le expusieron, por un lado, la posibilidad de un Congreso de Cine. Cosa que le pareció también excelente.

De aquel núcleo inicial iba a salir todo cuanto de cine en España se ha tratado, discutido y aún realizado hasta la fecha.

Sangro me pidió nombres. En el acto di cuatro: Ricardo Urgoiti, Cándido Bolívar, Domingo Barnés, Lorenzo Luzuriaga. Nobles amigos, en quien uno creía firmemente. (Cosa que no les pasaba a ellos conmigo, como he comprobado reciente y dolorosamente.)

Los Viola, para su Congreso, dieron, por el momento, el nombre de Francos Rodríguez.

De pronto, un buen día, nos enteramos por el periódico que D. Pedro Sangro era ministro.

el simpático, castísimo y malicioso Tenreiro.

Lo que más gracia me ha hecho de *Don Casto* es el incluir—entre traseros, pantorrillas, senos, vientres y vellos innominables—un único y solemne anuncio: "Historia de la República española. La obra cumbre del año."

Lejos de achicarse por su grandeza nueva, para el Congreso Hispanoamericano.

como suelen hacer todos los ministros españoles, dió el pecho, y los proyectos los hizo más viables, los hizo pasar de proyectos. Pudo prestarse dignidad oficial a un Comité de Cine Educativo. Y una subvención par ael El Congreso Hispanoamericano.

Los hermanos Viola son dos, como Rómulo y Remo. Uno mayor, Fernando. Otro menor, Manuel. Ambos—mayor y menor—de Jerez. De la patria de Primo de Rivera y de Manuel L. Ortega.

Así como yo no sabía de un Congreso más que lo que todo el mundo sabe: esto es, que no vale para nada, los Viola sabían—por el Congreso de Ultramar, al que habían asistido atentamente—que un Congreso no vale para nada, salvo para el que lo inicia o exprime.

Tenían presente—como una rósea obsesión—el caso de un Carlos Badia, que, de simple congresista de Ultramar había pasado a Director de Comercio, a Subsecretario de Hacienda, a Consejero de Embajada, ya mandando el Rey, ya mandando Roque.

Con una tenacidad de jerezanos, que es infinitamente mas auténtica que la tenacidad de los gallegos, pusieron a hilvanar la cosa.

Primero, una mesa. Luego, un papel de cartas. Unos sobres. Un sello de caucho.

Luego, una máquina de escribir. Luego, un amigo. Luego, una mecanógrafa. Luego, unos sillones. Luego, las primeras reuniones en el Círculo de Bellas Artes, presididas por el pobre y hemipléjico Francos Rodríguez, a quien aquello del "hispanoamericanismo" le hizo entender hasta de cine.

Los Viola tuvieron ya entonces que lidiar con los primeros muros periodísticos.

Manolo, el pequeño, a quien los malévolos llamaban "Violín", como había sido banderillero en su tierra supo capotear los embistes, echar la tela a tiempo y evitar una cogida a Fernando a la hora de matar. El Congreso siguió, siguió. Se iban unas personas, venían otras. Unas decían cosas pintorescas. Otras, no tan pintorescas, en las reuniones preparatorias celebradas en la Casa de Correos. Y en aquella celebrada en Barcelona, donde la representación madrileña cruzó su primera "concordia" con la catalana.

Un mal día, Francos Rodríguez murió. Otro día malo—para D. Pedro Sangro, el iniciador—Alfonso XIII se marchó.

La República encima, y el Congreso sin celebrar. El joven congresista e ilustre abogado republicano D. José L. de Benito pegó un salto a la Presidencia y salvó el Congreso, trayéndose a Alcalá Zamora a hablar del precioso paisaje que tiene España para hacer películas mudas.

La Academia de Jurisprudencia sentó jurisprudencia sobre el Congreso. Y éste pudo clausurarse felicisimamente entre discursos de ministros americanos, objeciones catalanas, ponencias imponentes, excursiones, lunches y banquete final.

En el banquete final, el Subsecretario de la Presidencia agradeció en nombre del Gobierno la molestia que se habían tomado todos aquellos hermanos de Ultramar por acudir al Congreso, atravesando el mar que descubrió Colón.

Como el mar de Colón sólo lo había atra-

vesado el hermano Edgar Neville, para venir a cenar aquella noche, por poco tuvo que levantarse para alusiones.

Cualquiera diría—cualquiera de los hermanos Viola—que por este modo de describir el Congreso y por lo poco que asistí a su sesión final, yo no lo había tomado en serio, o tenía algún resquemoreillo con él.

Se equivocarian; mucho, mucho. Me ofenderían gravemente. Yo he tomado en serio el Congreso cuando nadie lo tomaba, cuando había, oscuramente, que ponerlo a flote con oscuras esperanzas.

Pero me retiré discretamente cuando el Congreso dió de sí todo lo que tenía que dar. Una parte útil: algunas de las ponencias y estadísticas recaudadas. Y una parte pintoresca: el "match" de rugby por el balón. ¡Por un balón inexistente!

Porque lo divertidísimo de la cosa es que el Congreso ha dividido a los tres y medio cineastas que hay en España en enemigos irreconciliables. Uno quiere crear un Instituto. Otro, un Cine de Estado. Otro, unos estudios sonoros en las Ventas del Espíritu Santo.

Yo admito que el Congreso realice todas esas cosas irreconciliables. Un Instituto, un cine de Estado, un estudio en las Ventas...

Pero después de admitido y creado, ¿qué? Porque lo único que en el Congreso Hispanoamericano de Cinematografía no se ha preguntado nadie, es esta terrible pregunta: *Si España y América tienen algo que decir en el cine.*

Porque para conservar la lengua bastantes latas hay ya de conservas.

Porque para pelucillas comerciales sonoras bastantes "canciones del día" hay ya.

Porque para "films" culturales, ya está Alemania y la Luce.

Porque para "films" políticos ya Rusia hizo su revolución.

Porque para noticiarios ya está Buster Keaton con su cámara al hombro.

Porque para hacer versiones ya están ahí esos traductores de la lengua y de las lenguas que usan Paramount y Compañía.

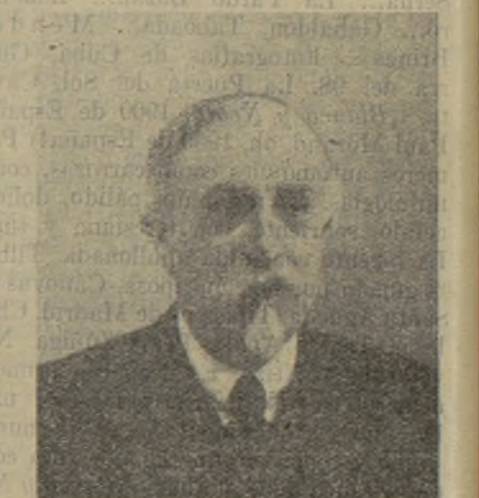
¿Han encontrado España y América alguna fórmula universal y humana que la capacite a decir algo genuino y mundial en cine, como lo encontró en el siglo XVII para decirlo en su teatro católico?

(Italia, con todo su golpe de fascismo, ha fracasado en la fórmula católica y antimarxista. Ni siquiera la ha intentado. Si no se llama intentar ese pobre giro *lungo* del cine educativo, sin coraje y sin genialidad.)

Y si no ha encontrado su fórmula como la encontró Norteamérica con su "capitalismo protestante", Francia con su "sensual Chevalier", y Rusia con su "propaganda proletaria", ¿qué va Hispanoamérica a encontrar? ¿Hermosos paisajes, como aseguraba D. Niceto?

Búsquese primero a sí misma, Hispanoamérica, y luego se encontrará en el cine. Vea primero si halla un "espíritu creador", y luego dará con su expresión dramática.

Entre tanto, bueno es que los hermanos Viola hayan encontrado el Congreso. También Carlos Badia encontró otro, de Ultramar. Y hoy anda por París, fumando en pipa.



Martinenche el hispanista, a quien el Robinson ha estrechado la mano estos días en Madrid.

Conferencias del Robinsón

El Robinsón entre sus amigos los salvajes ibéricos (1)

En esta hora de anochecido

Oíd, amigos salvajes que habéis venido en la hora de anochecido a esta cueva de la Exposición de ibéricos para oírme. Que habéis venido en esta hora de anochecido en la cual—antes que las gallinas, animal civilizado, repulsivo y prostituto—se recogían los verdaderos salvajes, los de las cuevas verdaderas, terminado el sol sus humanos oficios de centinela, cuando las brujas, los trasgos, los espíritus malignos y las fieras, acosaban a los heroicos cavernícolas empujándoles al refugio común y a la defensa espeluncal; hora negra de anochecido que sólo ha heredado, en su magia—aparte de nosotros hoy—, el cine: la caverna mágica del cine, con su agrupación religiosa de seres en silencio ante las imágenes kinéticas de la pantalla, ante esos cazadores, en carrera de cine, persiguiendo bóvidos que el sacerdote pintaba y explicaba en el rupestre écran de los peñascos. ¡En esta hora de anochecido en que nosotros, amigos salvajes, vamos a revivir emociones peligrosas de nuestros amados y venerables antropoides ibéricos, oídme!

Oídme una advertencia, ante todo

Oídme una advertencia, ante todo, los que no sepáis a lo que habéis venido aquí, a solas con un robinsón, en esta hora negra de anochecido. ¡Habéis venido a conspirar!

Marcharos los que tengáis miedo. Los ibéricos no toleramos a los impresionables ni a los impresionistas. Marcharos.

Y ¡ay! del espía al que se le descubra escondiendo su rostro entre la sonrisa boba del snob. Caeremos sobre él para devorarlo. Ya que la antropofagia constituye el menor y más tímido de nuestros vicios. El más angelical de nuestros pasatiempos.

¡Aquí no queremos ni profanos ni espías! Que nadie haya pasado bajo esa puerta—no sin saber geometría, hoy imprescindible para pintar bien—sino con miedo al taparrabos. ¡Fuera los taparrabos! No somos el guardia de la playa que castiga a los salvajes desnudos. Aquí queremos a la gente bien desnuda, bien sincera, bien agresiva, bien ibérica. Aquí hemos venido a conspirar contra lo estatuido, lo civilizado: contra la realidad.

Pero por conspirar contra lo real no nos llaméis republicanos. Nuestros republicanos son por hoy, para nosotros—mientras no se modifiquen—, más papistas que el papa, más realistas que la realza misma, mucho menos salvajes de lo que lo fué el antiguo rey.

Están aún en la época de lo civilizado, de lo impresionable y del impresionismo. De la realidad de lo real.

Los republicanos han rodeado la realidad con más Guardia civil que la tenía rodeada la monarquía. ¡La realidad, nuestro enemigo! ¡La realidad, el objeto de nuestra conspiración!

¡Y luego se extrañan que en los pueblos más ibéricos de España se den [muestras a la Guardia civil] y se dispare contra ella! Los ibéricos, los salvajes; tenemos nuestro enemigo en la realidad, y por él iremos hasta aniquilarla, cueste lo que cueste.

Pero ¿quienes somos los ibéricos, amigos ibéricos?

¿Con qué derecho os estoy asimilando a mí—pobre robinsón filoselvático—y llamándoos salvajes, como si este apellido os gustase tanto como a mí me gustan las bananas de mi isla?

Los artistas ibéricos

Cuando hace cinco años Guillermo de Torre, con Manuel Abril y Gabriel G. Maroto, inauguraron en el Palacio de Exposiciones del Retiro madrileño la primera Muestra de Artistas Ibéricos, yo no estaba en España, pero me llegó hasta fuera de España ese nombre de ibéricos como un hallazgo equívoco que alguien habría un día de univocar.

Yo no me imaginaba bien a Guillermo de Torre (él tan "europeo de vanguardia", tan bien educado, tan compuesto, tan fino e internacionalista) propugnando "lo ibérico", como valor denominativo de nuestros más nuevos pintores.

Tampoco me imaginaba bien a Manuel Abril empujando por el mango lo del *iberismo*. Palabra demasiado hirsuta y áspera para ese fino papillón del humorismo que es Abril, lleno de lluvias mil de lirismos, tan católico y tan poco bárbaro.

El único más bárbaro y que le debió ir bien lo de *ibérico* fué aquel Maroto, hoy desplazado a páramos vírgenes de Méjico.

Pero lo de *ibérico* fué puesto de mote a aquella Exposición—como luego LA GACETA LITERARIA había de llamarse *ibérica*—por aquella moda hipócrita que comenzaba entonces a desarrollarse, de incluir bajo tal epíteto a gentes no exclusivamente españolas: a portugueses. Y a catalanes.

Si habéis leído mi *Robinsón Núm. 2*, allí habréis visto bien explicado el origen del "iberismo", como denominador antiespañol, fomentado por los catalanes, aceptado penosamente por los castellanos y rechazado plenamente por los portugueses.

Pero ha llegado la hora de quitar aquel sentido pseudodiplomático al *iberismo*. De quitarle pomada a "lo ibérico" y dejarlo en puras carnes, en su hueso y en su medula, con toda la cargazón de sentido salvaje, aborigen, adánico, robinsónico, que supone para nuestra península esa alusión a lo más originario de nosotros mismos, a lo celular, a lo primitivo, a la elementalísima semilla de lo que, andando el tiempo, sería "lo español".

¿Qué debe ser eso de ibérico?

Nadie mejor, pues, que yo, un robinsón, para univocar hoy aquel equívoco de España de los artistas ibéricos.

Para mí—para nosotros—no será ya *ibérico* un artista porque haya nacido en la Península ésta de occidente. Para serlo necesitará haberse ganado este nacimiento, tener derecho a haber nacido en ella.

El hecho de nacer es siempre fortuito. Lo importante es solidarizarse con ese hecho natal y hacer de lo contingente algo necesario. Es decir, que no sea tal tierra del mundo la que nos haya creado, sino nosotros nacidos quienes hayamos recreado a tal tierra. La patria es la tierra de los hijos fecundos, no la de los padres estériles.

Ibéricos son para mí—mucho más—esos extranjeros que a lo mejor se afincan amorosamente en nuestras latitudes y se quedan allí de por vida y de por

muerte legando sus apellidos exigidos a sus hijos indígenas, que un natural de la Mancha, o de Evora, o de Lérida, o de Navarra, que haya puesto sus entrañas en otras madres (otras culturas) enemigas de aquélla que le alació, que le alechigó.

Me gustaría bien definir lo que ser ibérico es ser en la vida. Pero definir no es completamente decir la verdad. Prefiero no ensayar tal definición.

Ser *ibérico* no es ser un energúmeno. Ni un salvaje, desde luego, atroz, ni un cavernícola, ni un troglodita, ni un castizales. Y aunque lo fuera, ¡qué importa!

En España hay el tópico de que lo cavernícola y lo troglodita son calidades horribles. Es un tópico puesto en circulación por la beocia liberal del siglo pasado. Porque el liberalismo, como el carlismo, ha tenido y tiene su beocia.

Ya en otro lugar de este mismo *Robinsón Núm. 3*, el Robinsón ha salido a la defensa del gremio robinsónico, de los cavernícolas y de los trogloditas, cuyas vidas intensas y agitadas pudieran hoy constituir metas espirituales a las que no llega actualmente el progresista, el hombre-autómata del progreso, esa pobre bestia estúpida que es el civilizado de tipo medio, el hombre que confunde la teleología humana, las aspiraciones trágicas de la humanidad con un pequeño confort de vida cotidiana, con la vida mediocre y diaria de un ciudadano mecánico cualquiera.

Ser *ibérico* no es ser un monstruo ni un feroz: ni siquiera un bárbaro. ¿Son acaso bárbaras esas parameras ibéricas en un amanecer puro de invierno, cuando la última estrella rosiclara y la incierta niebla del arroyo y el árbol seco y la piedra lisa se enjugan de ternura rosa, de soledad nueva y virgen, y todo el paisaje toma una angélica formalidad pensativa, como una mirada honda de eternidad, como un temblor de espíritu cósmico?

Ser *ibérico* es saber ser tierno y ser duro, y ser bueno y ser malo, y ser alegre y ser triste, y ser irónico y ser trágico, y ser esperanzado y ser desesperado, y ser muchas más expresiones del alma humana, pero de cierta manera y con cierto estilo. Con un más y con un menos, con una dosis: esto es, con una personalidad intransferible: con un individualismo perfecto, integral, rabioso.

Ser *ibérico* es ser—quizá—rabioso de sí mismo. De ser como se es y no como otros quisieran que se fuese.

¿Altanería, orgullo, prerrogativas? Claro, claro. Ser *ibérico* es poseer un linaje puro en la vida. Es no sólo haber tenido donde nacer exactamente, sino tener, sobre todo, "donde caerse muerto".

Nacer y morir bien: he ahí para lo único que el hombre debe poner su pena de vivir en el mundo.

Un divino raceador: el Picasso

Por consiguiente, todos los artistas que bajo el nombre de *ibéricos* aquí se agrupan, ¿tendrán quizá derecho a llamarse así?

No he de ser yo—como Jesús en el templo—quien arroja a latigazos si hubiese entre ellos algún mercader del *iberismo*. Lo dejaría a solas con la conciencia de sus penosos orígenes.

Pero no hay temor: todos los que aquí se agrupan—y todos los que aquí no se agrupan—todos tienen buena raza.

Todos ellos están raceados, progenizados por ese Júpiter táurico de la pintura ibérica, que de puro ibérica se ha hecho universal: por don Pablo Ruiz. (Llamado generalmente por su apellido materno: Picasso, como un alias de torero.)

Pablo Ruiz (el Picasso), nacido en Málaga en 1881, con cincuenta años hoy de edad, más que el padre es el patriarca de la nueva Iberia: es decir, de todo el mundo pictórico del mundo. Pues como afirma Henri Mahaut, "existe el

mundo antes de Picasso y el mundo después de Picasso: la era prepicassiana y la era picassiana".

El Picasso es el Héroe Nuevo de España, el nuevo Gerion, nuestro Hércules ibérico que, jugando a los dados con sus telas, inventa el mundo y crea una civilización con su barbarie divina. Es el garañón sublime de la Andalucía eterna, el don Juan de las pinturas, a quienes conquista por todos los estilos, el Joselito de todos los miras plásticas.

Naturalmente, la España de la realidad de lo real le creyó un fantástico y le despreció, arrojándolo a la isla, condenándolo a comer cocido en el Madrid del 98 y a pagar la patrona con los cuartos de un Silvestre Paradox que hacía cinturones eléctricos.

La España republicana de siempre—pues república viene de *res*, cosa, realidad—, que odia a los reyes de verdad, no a los de mentira, como Alfonso XIII, la que expulsa al Cid, la que apalea a Don Quijote, la que suicida a Larra, la que hunde a Costa, la que llama chiflado a Unamuno, esa España de la realidad de lo real, pega un puntapie en el trasero al Picasso y lo manda a París, que es como mandarle a la M.

Un día—hace aún pocos meses—esta España de la realidad de lo real, al cabo de treinta años, cuando el Picasso es ya un semidiós universal, un Héroe Humano, un Inmarcesible, se da cuenta de su sordidez, de su mezquindad, de su tañería, de que ha perdido un filón de gloria y de oro, como perdió todos los que tuvo—desde América hasta Cataluña—, y se le ocurre llamarle para ofrecerle... ¡un banquete en el Círculo de Bellas Artes, de Madrid!

Os acordáis todavía de aquel mensaje firmado, entre otros, por Romanones, el duque de Alba, Benlliure, etc., etc.

¿Por todos aquellos que se habían hecho retratar por Zuloaga, por Romero de Torres y por Calvache?

¿Recordáis mi arremetida indignada y dolorida, en esta GACETA LITERARIA, que me valió un disgusto—sentidísimo—con el querido y noble Marañón?

Yo no sé si por este quitar caretas que yo tuve "a la realidad de lo real" o porque el Picasso hizo un uso higiénico del mensaje, el caso es que ya ninguno de "los realistas" ha vuelto a mentar la soga en casa del ahorcado, en casa del Picasso.

En aquel mensaje no había una sola firma filial, ni siquiera hermana. Se había olvidado nada menos que la de un Gómez de la Serna, el Ramón, el otro fenómeno taurino del arte hispánico.

El Ramón se vengó bien de aquel olvido uniéndose al Picasso, más que en patillas, pipa y gordimofletes, en un estudio fraterno, publicando en su reciente libro *Ismos*, que salvará a su *menecmo* más inmortalmente de lo que ya estaba. Todo joven pintor del mundo es hijo de ese semental de marismas andaluzas, del Picasso. Emperador natural del mundo—como Zeus taurida—dominó todos los recentales de la pintura y fundó el monopolio de las ganaderías plásticas.

Era natural que a la sombra de su media luna de plata en el testuz (pues hay cornamentas divinas) acudiesen con más derecho y más razón que nadie los hijos de España, sus hijos mismos, los "picasseños".

De ahí que hoy deba la civilización humana a España—nuevamente, como cuando Velázquez, como cuando Goya—no sólo el mejor pintor, sino la mejor escuela y tradición pictórica del mundo actual.

París, lonja de contratación, de conquista

No importa que el Picasso y los picasseños acudan a París, para pintar y vender sus cuadros. Son los conquistadores nuevos. Los vencedores imperiales de nuevos continentes. Los luchado-

(1) Conferencia pronunciada el 1 de octubre en San Sebastián ante la Exposición de Artistas Ibéricos, organizada por el Ateneo guipuzcoano.

res victoriosos en la palestra trágica y recordmánica de París.

París es hoy la "zona colonial" de los piratas plásticos. Sólo allí es posible la competición y la lucha. Sólo allí se da el judío de las transacciones, "el que transforma el oro en moneda", el mineral en cheque, la materia prima en valor fiduciario.

Sólo en París encontró la pintura nueva la realidad de su irrealdad. El realizar sus valores—como se dice en lenguaje bancario.

No temamos que España se desespañolice porque nuestros mejores pintores se los rifen en París. También nuestro oro de América—lleno de sangre y de angustia heroica—se lo comieron los judíos en Amsterdam.

No nos extrañemos que las raras "exposiciones ibéricas" en España dejen vacíos de visitantes los locales cuando se arriesgan a una tentativa local y patria.

Recordad que a Colón le quiso encerrar un pobre Bobadilla cualquiera de San Sebastián, de Barcelona o de Madrid. Que le hicieron el vacío.

Magnífico robinsonismo el de estas exposiciones ibéricas! Cada cuadro consigo mismo. Ajeno a los demás. Sin nadie que lo contemple. Logrando no sólo huir de la anécdota, del tema, de la realidad, como pintura pura que es sino del espectador, cosa que no soñaron ni Apollinaire, ni Salmon, ni Cocteau, ni Ozenfant, ni el Picasso mismo, al codificar las huídas de la pintura pura.

Los hijos saludables y los hijos nerviosos

Sentado el abolengo de que todos los pintores jóvenes del mundo proceden hoy del Picasso—y con mucha más sangre y raza, los picasseños de España—, habría que clasificar esa familia como se clasifican todos los hijos de una familia: en chicos sanos, saludables, sanguíneos, comunicativos, extravertidos, y en chicos enfermizos, nerviosos, concentrados, introvertidos. Esto es: en cubistas y en superrealistas. En asépticos y en inficionados. En Juan Grises y en Salvador Dalies. En Boreas y en Mirós.

Todos los xenes estaban contenidos ya en el padre y en la madre. En el Picasso y en la Realidad: su virgen violada, su virgen madre.

Recorramos este salón familiar de picasseños y reconozcamos como el médico en el consultorio, como el doctor castrense en el cuartel—los tórax de los muchachos, sometidos a examen.

Los chicos de buena salud

Entre los picasseños españoles de buena salud yo he puesto en mi parte clínico todas estas filiaciones:

Vázquez Díaz, Moreno Villa, Pérez Rubio, Lahuerta, Sánchez, Garay, Climent, Ponce de León, Santacruz, Ribera, Souto, Cabanas, Rodríguez Luna, Esplandiú, Zelaya.

Los enfermizos

Solana, Almada, Tauler, Mateos, Olasagasti y Angeles Santos.

Matrices, auscultaciones. Más puntos referibles

Estas dos clasificaciones son muy superficiales. Habrá que añadir más referencias en este cuadro clínico incompleto.

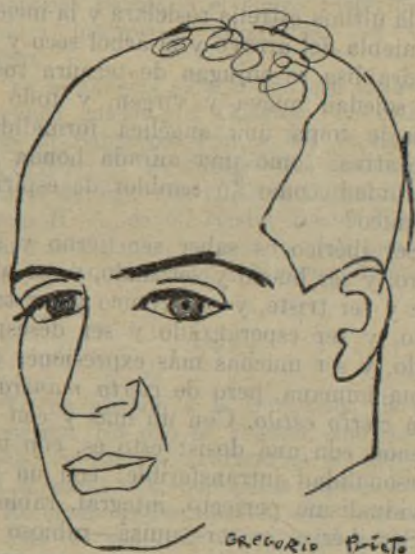
Entre los chicos saludables ibéricos faltan nada menos que Boreas, Cossio, Viñes, Pruna, Serna, Ortiz, Tejada, María Mallo, Maroto, Flores, Ucelay Vicente y otros.

Entre los nerviosos faltan el gran Dalí, Joan Miró y otros también.

Vale, pues, la pena de pasar de lo genérico y acudir al caso clínico personal: tactando uno a uno.

Vázquez Díaz y su mujer

Daniel Vázquez Díaz más que un chico de buena salud es un tío de salud a prueba de bomba, capaz de resistir



Gregorio Prieto

todos los climas y superar todas las temperaturas. Pasa, lo mismo de las casas cúbicas de su padre el Picasso, que a



El pintor Maroto, que con Guillermo de Torre y Manuel Abril, fueron los iniciadores de las Exposiciones de Artistas Ibéricos.



Muestra de los levantinos.

a pinturas voluminadas a lo Bourdelle. Daniel Vázquez Díaz me recuerda hasta físicamente a un legionario andaluz que conocí en un hospital Dócker de Ceuta. Hacía café hispánico con cebada tostada y tenía éxitos magníficos por su talento de pícaro castizo, de trotamundos ceceante y con ángel para eso de la tela y der café.

Su mujer le corrige a veces—con un cuadro sencillo y natural—esa tendencia verbosa y andaluza del gran Vázquez Díaz, el hombre que habla aun más con los ojos que con el pincel. Y eso que con el pincel ¡ya sabe decir cosas, y buenas, ese gitanazo de Daniel!

Moreno Villa

Moreno Villa tiene una salud—más que buena—caprichosa, esnóbica. Es de esos muchachos que tan pronto se les ve al gran aire remando en mallot, o jugando al fútbol, como se les ve acatarrados, tosiendo y con ojeras. Moreno Villa tiene una salud elegante, tempestiva: según la estación.

Para mí Moreno Villa ha sido siempre un enigma preocupante.

Desde su nombre mismo. No sé si llamarle *Morena Villa*, o *Moreno Villo*. Si hacer todo su apellido masculino, o hacérselo todo femenino.

Lo mismo me pasa con su vocación. ¿Es escritor o pintor? ¿Hace versos por afición o pinta por esnobismo?

Lo mismo me pasa con su vida. ¿Es un estudiante de la Residencia de Estudiantes o es un profesor de esa Residencia?

¿Es un hombre frío que se queda cálido en la vida o es un corazón caliente que se escapa a América tras una mujer? En Moreno Villa hay gato encerrado y no sé yo quien ahora lo suelte.

Sus pinturas siempre me parecieron la expresión más perfecta y espiritual que ha tenido la *Sociedad de Cursos y Conferencias*, de Madrid. Parecen hechas para decir algo que no dice la gran Carmen Yebes, la duquesa de Durcal. Parecen hechas por encargo de la duquesa de Dato para el Botánico.

Pintura elegante, selecta, metafórica y deshumana. Moreno Villa—orteguista, juanramoniano, residente vitalicio, sociadecursoconferencista—es el alma en pena de la colina de los chopos, donde un día Alberto Jiménez habría de instaurar—de acuerdo con toda la Institución Libre de Enseñanza—su ensayo pedagógico más ensayable y representativo.

Pérez Rubio

Iba yo la otra mañana en un tranvía del Hipódromo, atravesando la Puerta del Sol. De pronto, alguien se sienta frente a mi asiento y me toca suavemente:

—¡Hombre, Pérez Rubio!

—¿Qué tal, Giménez Caballero, qué hace usted?

Me dejó en un apuro. Porque salvo "ir en el tranvía aquel momento" yo no supe qué otra cosa contestarle. No porque uno no hiciese otras cosas de mayor monta que marchar en tranvía, sino porque eran cosas que no valían la pena de contarlas en un tranvía.

Llegó el cobrador y me emocioné. Se me vino a la mente la faz pálida y magra de este muchacho—casado con la amazónica y admirable Rosa Chacel, aquella escultora que ha salido escritora—y saqué 15 céntimos.

—Permítame, Pérez Rubio, ser su Mecenaz de hoy por la mañana.

Le vi levemente molesto. Además, le vi más grueso. Y estupendamente vestido.

—¿Qué, se pinta mucho?—le dije por decirle algo agradable.

—Muy poco. Ahora con el trabajo de toda la mañana...

—¿Cómo, algún encargo especial, algún Mecenaz superior a mí?

—No. Es que soy subdirector del Museo de Arte Moderno.

Le guiñé un ojo cariñosamente. ¿Qué el amigo Alborno, no? Me alegro de todo corazón, querido Pérez Rubio. ¿Qué importa pintar? Hay que pensar en la posición social cuando el artista tiene familia. ¡Magnífico!

Llegamos a Recoletos. Se bajó del

venía como de un coche de caballos y entró en su Palacio de Bibliotecas y Museos.

Y, entonces, yo me vine aquí. A contemplar este gran cuadro de la gran Rosa Chacel, la mujer de Pérez Rubio.

Los levantinos

Los levantinos son Lahuerta, Sánchez, Garay y Climent, que con el ausente Flores—vinieron a constituir el pentágono del nuevo Levante, levante auténtico de pintura—donde la tendencia colorista y anecdótica del sorollismo se purifica en dos modificaciones: culto a la forma pura y tema en vez de social, socialista.

A Lahuerta y Sánchez les conocí en Valencia la única vez que yo he estado en Valencia, y que fui precisamente a un asunto de pintura. A inaugurar una Sala Blava, que no duró más del día de la inauguración.

A Flores le conocí en Madrid. Así como a Climent. A Garay es al que no he conocido. Estos muchachos—salvo uno que creo murió tísico—gozan de excelente salud marina, clavelera, socialista.

Le salieron a Picasso buenísimos chinos, algo tintados de costumbres provincianas, pero llenos de voluntad y rectitud. Unos deshumanos muy humanitarios. Unos higienistas que fumaban tabernáculos en exceso populares.

Los más jovencitos

Ponce de León, Santa Cruz, Ribera, Souto, Luna, Esplandiú, Cabanas, Zelaya...

De Ponce de León sé que iba a hacer un film con Gómez Mesa, y que su pintura le gusta a Angeles Santos.

De Cabanas sé que me saludó la otra tarde en Jacaré, y que es muy simpático.

De Zelaya creo que será un guatemalteco, a quien Carlos Mérida le debe estar grato por las visitas que me hizo en pos de su libro editado en LA GACETA LITERARIA.

En cuanto a Santa Cruz, Souto, Ri-



La expositora Angeles Santos.

bera, Esplandiú, Hidalgo y Luna—no tengo otras noticias que esas que me dan sus actuales cuadros.

Santa Cruz tiene un rupestrismo negro y blanco de factura anglosajona, y pompeyanismos de alabastro.

A Souto, le gusta jugar a las muñecas con niñas y apachas. Ribera es el pintor de los terribles geométricos.

Esplandiú pintaría admirablemente el paisaje elemental de las Ventas del Espíritu Santo, en Madrid (¡que es el colmo del vender, el espíritu santo!).

Luna, es un hombre materioso y misterioso.

En cuanto a Hidalgo Caviedes, es un "hombre de mundo".

(Continuará.)

Fortuna del Robinson



Don José Castillejo.

• Mi buen amigo: Llegó a Londres, poco antes de salir de allá, el mensaje de Robinson. Le agradezco el recuerdo afectuoso; pero, realmente, si hay culpa o daño en que yo esté metido en mi rincón, el único responsable soy yo mismo, por creer que es la mejor manera de hacer algo durable y honroso.

La asombrosa fecundidad de usted, su feliz memoria y su caudal de lecturas y de experiencia no puede permitirse que se pierdan en estos años centrales de su vida, llenos de energía.

Lo que pasa es que cada día nos parece que la situación de provisionalidad tiene que resolverse con inminencia, y quizá la interinidad es esencia española, por lo cual deberíamos aprovechar en esta eternidad efímera todo lo que pueda ser puesto a contribución.

(Gracias, Castillejo. Su mirada me reconforta tanto. Y sus gracias, porque las tiene usted hablando. Por eso se las devuelvo.)

José Emilio Herrera.

Querido amigo mío Ernesto Giménez Caballero: Yo, hasta hace muy pocos días, no he leído tu Robinson Literario, por estar haciendo todos los días excursiones por la Mujer Muerta y Mingonones, y no ir a Madrid. ¡Enhorabuena! Métete bien con todos los canallas al servicio del capitalismo. Si pierdes amigos, aquí tienes una gran cantidad de hambrientos que serán mucho mejores amigos tuyos. Para mí has ganado muchísimo. ¡Viva la C. N. T.!

Yo creo más en el comunismo que en el sindicalismo y anarquismo, aun para España. Pero todo se mirará con el tiempo.

Esto es lo de menos. ¡Bravo, Giménez Caballero! ¡Rompe con todo!

Yo ahora estoy aquí enfermo en la cama con un constipado horroroso; por eso te escribo con tan mala letra.

Giménez Caballero: No publiques en tu GACETA cosas que hablan muy bien de ti mismo, porque la gente reacciona inmediatamente por el lado de lo ridículo.

(Querido divino Herrera: Me place el ridículo tanto como a ti el comunismo. Lee mi nueva moral de lo abominable. ¡Viva el ridículo!)

Giménez: Te agradeceré infinito que esta poesía escrita a esta fecha que te mando, me la publiques cuanto antes y con letras, a ser posible, bastante gordas.

Es lo único que se puede escribir ahora, además de otras cosas que escribo. Lee, si no has leído, el A B C del comunismo, de Bujarin. Un abrazo y gracias de tu amigo

José Emilio Herrera.

POESIA.—(Muera de una vez el capitalismo!—José Emilio Herrera.)

(No hay letra gorda a mano. Pero, ¿estás contento, divino amigo? ¡Cúrate ese constipado.)

César González-Ruano.

Dos números lleva ya publicados y redactados exclusivamente por él en LA GACETA LITERARIA el Robinson literario. Tanto monta Giménez Caballero. Monta tanto "Gecé".

Giménez Caballero ha llegado al roñismo por el camino real de todas las disidencias. De todas las adaptabilidades también.

A mí me parece muy significativo el caso de Giménez Caballero. Tiene, además, todo lo suyo una alegría muy española, muy matritense, de la calle de Santa Isabel: sol a jarros, polvo, cultura, hospital provincial, limonada de Mesonero y sentimiento trágico.

Giménez Caballero levanta de pronto un rascacielo entre las espadas azules de un Sacramento. Da vueltas a España y escribe una literatura geográfica, turística, de

hoteles, de autocars y de conferencias de falso enviado de los ficheros eruditos cerca del mundo judío. Sin embargo, y dicho sea en el alto sentido del elogio, Giménez Caballero vuelve de esos viajes sin enterarse de nada. El lleva su España dentro, colgada como un escapulario, y todas las noches, en la cama del hotel, después de leer las indicaciones en cuatro idiomas, se nos persigna Giménez Caballero en castellano, mejor aún en madrileño de Atocha.

Sólo se puede encontrar en Italia. Por eso, al volver de allí italianizado—esto es: romanizado, españolizado dos veces—, adquiere una fama de facción que muchos majaderos le echan en cara, sin entender exactamente lo que le pasa a nuestro "Gecé".

Su disidencia se muestra reaccionando precisamente contra lo que él quiere amar y no puede. Por eso, en los momentos en que quiere estar más fino, más literariamente elegante, se azora y reacciona en cínico, echándolo todo por la ventana y diciendo:

—Mi abuelo era un tío castizo y mi padre empezó a trabajar sin una perra...

Su españolismo le hace soñar lo imperial en voz alta, y su madrileñismo, ocuparse de lo proletario con una especie de amor que los proletarios no saben agradecerle, porque él se pone a tartamudear una Rusia, una Italia y un Guadarrama de Giner, y de eso pasa a explicarles a Pío Baroja y a representarles a Hércules jugando a los dados.

Su "Robinson literario" tiene un tono españolísimo y agresivo, que me gusta. Cuando Giménez Caballero se pone en chico terrible de arrabal madrileño y empieza a pedradas, lo hace con una justeza, con un donaire muy expresivos.

Todo esto no es regatearle figura. Al contrario. El lo comprenderá bien, seguramente. La finura "nuestra" está representada en Giménez Caballero, agrio, verdevallecas, duro, sensible, culto, popular, zurrándose las con el viento, viviendo la contrarreforma y el milagro, tomando el agua con anís de las Roldas y revolcando todo eso por la literatura que sale como un toro ibero y rapta una nueva Europa mientras lo lidian los climas y aplauden las gramolas y las puertas de todos los hoteles de la tierra. Voilá l'Espagne, monsieur Cassou!

(Gran mosquetero de las Informaciones españolas, ¡lustre Ruano, choca esa diestra. Enérgica y caballerosamente.)

"La Voz de Guipúzcoa".

Con las manos metidas en los bolsillos... Giménez Caballero, radiante de simpatía personal, tiene obsesión de su actitud en la conferencia. El hombre mal educado no se da cuenta de que introduce las extremidades superiores en los bolsillos del pantalón; "Robinson" si se dió cuenta. "Ergo" Giménez Caballero adoptó la actitud de desenfado, de un desenfado estudiado. Si no, ¿a qué anunciarla con el pretexto de la disculpa?

Giménez Caballero, el bravo "Robinson" que domina la imprecación y el apóstrofe, es un sentimental, es un romántico digno de haber vivido hace cien años vistiendo levita, luciendo chorrera y leyendo los versos blandos de Bécquer.

Así como el anunciar que tendrá dentro de los bolsillos del pantalón sus manos, descubre la superchería de su desenfado, su alusión a Angeles Santos, la pintora, descubrió que no es un salvaje. Y si lo es, su sentimentalismo le domina.

Técnicamente su labor crítica nos entusiasma; líricamente, la descripción espiritual de Angeles Santos nos emocionó. Porque somos sentimentales, románticos sin vestirn de pieles de carnero. Y Giménez Caballero se viste con la piel, pero se le ve el "plackford".

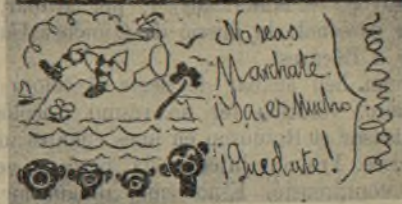
(¿Qué sorpresa, amigo Blanco, me llevé cuando me dijo ser usted el director de La Voz! No debí sorprenderme, sin embargo. Siempre entre periódicos y periodistas, abastecedor oficial del Ministerio de Trabajo en chismes y cuentos, era lógico que al llegar el gran Lerroux a poder le hiciese director de periódico, y no obispo, aun cuando dirigiese periódicos es dirigir conciencias, es el obispado laico de hoy.)

Fué usted demasiado amable conmigo. Me hizo retratar, y me endigó un referendun, del que sólo refirió los tres referidos menos amables. Y dijo menos amables por coquetismo.)

"El pueblo Vasco".

Robinson—ese Robinson sociable que es Ernesto Giménez Caballero—estuvo conspirando ayer en una pequeña isla. La terrible conspiración se había anunciado públicamente, como se anunció la reunión que los elementos antidinásticos celebraron en San Sebastián para acordar el famoso Pacto. Y aunque Giménez Caballero parece estar tan lejos de los republicanos como de ser embajador, en la conspiración tramada con él, como en la otra, se trataba de derrocar lo real. Únicamente una diferencia: el pun-

SEMANA LITERARIA POR SANTA CRUZ



Miguel Pérez Ferrero es un gran heraldo animador del "Heraldo". Tan pronto está con los monárquicos de la Cote Basque, como con los salvajes de la república de las letras de Madrid. Ahora hace con Santa Cruz la plana literaria de "Heraldo de Madrid" saltándose el pelo alegremente.

to de vista de Giménez Caballero no era político, sino pictórico. Giménez Caballero quiso contribuir al éxito de la Exposición de Artistas Ibéricos; y su contribución fue la pequeña conjura contra el clasicismo. Contra la quietud, estaría mejor dicho. Porque este Robinson, viajero infatigable, no sabe ni quiere estar quieto, ni le gusta que estén los demás.

(Agradece el Robinson al amigo Urcoia esta salida de su caverna. Transcribo algunos párrafos de esa salida. Urcoia, ¿por qué no viene a Madrid, a El Sol, por ejemplo. Vea a Cossío, a Mourlans. ¿No tiene usted, por lo menos, tanto talento? Siempre le lo digo a las gentes. Algún día me harán caso.)

"El Norte de Castilla".

Hay varios modos de sacarnos de la realidad: uno es aquel tradicional en los poetas, que consiste en elevarnos sobre la naturaleza material e inscribirnos en parajes más o menos fantásticos e ingravidos; otro es el que emplea Giménez. Con la poca de este escritor no nos elevamos sobre la naturaleza, sino que nos deslizamos, diríase que su prosa nos arrastra, pero no es un deslizamiento suave y plácido, sino accidentado y sin muelles. Es curiosa la forma de escribir este literato; el lector puede observarla; sucede que, de pronto, en el fragor de la prosa, una frase certera se dispara y se hincan en la realidad. Entonces, contra lo que pudiera suponerse, la prosa no se detiene, sino que, al revés, se ve ese tirón de la inercia, cuando en algo articulado se detiene un fragmento: es un tirón que se transmite y hace crujir, como huesos o como cadenas—es decir, como algo articulado e indúctil—a las palabras. La especial armazón sintáctica de esta prosa ya tiene algo de cadena; en ella son muy frecuentes las frases formadas por una sola palabra, palabras estas que aunque mantienen contacto con el resto de las frases, tienen unidad propia, como eslabones.

(Muchas gracias D. Carlos Delgado Olivares por el largo estudio suyo que acorto aquí.)

Mirador de Barcelona.

Avui ens sorprèn amb número de LA GACETA LITERARIA totalment redactat per ell i que titula El Robinson Literario de España (o la República de las letras). Núm. 1. En les seves setze pàgines hi ha, naturalment, de tot. Un curiós próleg, lleument avantguardista, i un panorama de la vida literaria espanyola al cap de tres mesos de República. Per de prompte, una constatació sorprenent: hom no escriu llibres, perquè els escriptors fan tots de polítics, a l'altre, a periodistes, a literats, a poetes, i aquell és ministre, l'altre diputat i el de més enllà director general. El team més ben situat sembla que és el de Crisol. I el gran equip prestigiós d'ambaixadors literaris (descomptem al nostre antic conegut senyor Rocha), al qual Giménez Caballero afegiria Grandmontaigne, Baroja i Eugenio d'Ors. Un toc d'atenció a la veritable tasca de l'intel·lectual. "La República no havia d'haver-li dit:

"Siguen ambaixador", sinó dir-li: "Feu literatura, novella, poesia, i per això compta amb la protecció total i absoluta de l'Estat." Cal meditar aquest punt.

Després ve la cosa inevitable en Gecé: "Mi mapa ibérico de atención. ¿Qué pasa en Cataluña?" Aquest conmovedor "¿Qué pasa?" típic dels protectors desinteressats, dels nostres cordials amics d'A B C o El Debate. Una grossa quantitat de bilis desota un gest d'home l'anarco-sindicalisme i l'emocionant record afectuós a dos amics de l'ànima Sbert i Estelrich. Seguiu endavant: cinema, L'Age d'Or, aquesta meravella sobrerrealista de Dalí i Buñuel. Versos. Unes declaracions de Dalí és molt pervers, sembla. Uns repassos a llibres nous i a poetes espanyols sudamericans. I, per acabar, la nota personal: la missió de Giménez Caballero a Bucarest.

Quan heu acabat de llegir el colofó del número, voldríeu fer un resum psicològic, condensar el Robinson en unes quantes idees precises. Trobeu: intel·ligència, però no sempre comprensió. Esnobisme, dinamisme, i com una conseqüència gairebé natural, unes velleitats narcisistes. I què més? Potser el gest desolat de qui es troba, en tornar d'un viatge, que tots els de casa seva són a un àpat al qual només ell no ha estat convidat.

De totes maneres, Giménez Caballero planteja problemes molt interessants, i el principal és el de l'organització de la intel·lectualitat. Deixem estar de com pensin resoldre'l, i comença a esdevenir urgent aquesta solució. Suposo que algú deurà pensar-hi, quan sigui l'hora de les realitzacions. Rafael Tasis i Marçà.

(Agradecido, desconocido amigo con nombre de Villamediana, de asesinado real.)

Josep Carner en "La Veu".

Es de remarcar el desencís o la contrarietat que Josep Delteil i E. Giménez Caballero revelen sincrònicament en els darrers números de "Les Nouvelles Littéraires" i de la "Gaceta Literaria". Dos camps de l'art d'avantguarda que es troben a un mateix temps abandonats i que simultàniament se'n desesperen. Giménez Caballero es desespera també de la decadència del nacionalisme castellà: les editorials espanyoles estan fallides; les llibreries només ens ofereixen traduccions; ningú no escriu; el propi Giménez Caballero es veu obligat a redactar tot sol la "Gaceta Literaria"; els literats d'avantguarda reneguen l'evangelí meravellós, deserten o fracassen; l'himne de Riego devé la gran moda; els comunistes no puen i s'avergonyeixen de l'epellatiu; els pupins, disfressats de republicà, s'entafuren arreu on hi ha taula parada; i àdhuc esdevenen acaparadors de càrrecs; els "bilbainos" volen menjar-se els madrilenys. La intel·lectualitat catalana és una olla de grills, si bé admirable olla de grills que demana la independència a pretx d'haver un temps escrit en català; els castellans regategen dues flors diàries d'ensenyament de la llengua castellana a les escoles catalanes quan el que cal és prohibir l'ús del castellà, otorgar-li la independència absoluta a Catalunya, posar duana a la ratlla d'Aragó i proclamar la glòria de Macià, de la F. A. I. i de la C. N. T.; res tan heroic i bell com l'anarcosindicalisme, tan d'acord amb el berberisme racial i amb la pròpia vida de Giménez Caballero.

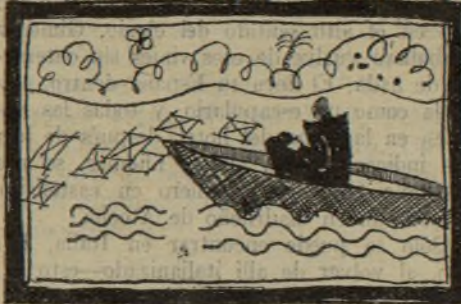
(En su largo artículo, amigo Carner, que no podré no poder transcribir entero, creo dos cosas para mí falsas: en la venganza de la inteligencia y en la derrota del vanguardismo. Dentro de diez años, según usted, los Delteil, los Picassos y los Giménez serán considerados bomberos insoportables. Bombero tiene de bombo. Yo le aseguro no haber bombeado ni a Cambó.)

Ruiz Castillo.

Mi querido Giménez Caballero.

Con gran retraso por mis andanzas a través de esta provincia, recibirá carta y su relación sobre la Exposición de Bucarest. Días después llegó a mi poder: "LA GACETA LITERARIA", en la que vi reproducida esa relación y otra gran cantidad de trabajos suyos, todos muy interesantes, aunque no con todas las ideas que en ellos expone esté yo conforme... Lo más extraordinario es la enorme capacidad de trabajo, el ímpetu y la fuerte personalidad que revela ese número. Merece usted una entusiasta felicitación por tal alarde y yo se la envío, con todo mi afecto y admiración.

servicios de estafeta



A Aurelio Viñas, en París.

Muchísimas gracias por ese calificativo de formidable, tan francés y tan amable para mí, por venir autorizado por lo más español del Instituto Hispánico de París, que es usted.

Me ha gustado mucho, mucho, ese rincón de Beçançon de su postal. La vieja villa española de Hugo, ¿cómo la visitaría, con usted, un día! ¿Qué gran encanto, querido Viñas, estas ciudades europeas donde España dejó su planta—planta marchitada, flor consunta—, pero donde los grandes olfateadores como nosotros sabemos aún embriagarnos de retroacción, de tornaroma!

¿Cuándo nos vemos? ¿Cuándo debo dar esa conferencia en el Instituto? ¿Me preparo ya? ¿Sobre qué? Se me olvidó el tema. He saludado a Martinenche, como verá por mi saludo en otra página.

Al Instituto Español de Praga.

Les acuso recibo, distinguidos señores del Instituto Español de Praga, de esas importantes noticias sobre la Exposición del Libro, que me ofrecen. Y las trasmito a sus destinos. Mil gracias, señores.

A Masoliver, en Génova.

Eres, Juan Ramón, más grande que Juan Ramón. Y ya es ser grande. ¿Sabes que el veintitantos de mayo, en tres horas que estuve en Génova, te busqué afanosamente? ¿Sabes que he perdido las señas de Barcelona y no sé cómo encontrarlas? ¿Sabes que me tienes estremecido de entusiasmo, y que leo tus cartas en voz alta y en compañía? Ya te presentí grande, sincero, raceado, cuando aún no tenías más que un bigote impertinente de colegial y dos "skis" en vez de piernas.

Lo que me pides está hecho. Manda un ensayo de prueba y cala.

Un abrazo estentóreo, Juan Ramón, tan grande, tan nervioso, tan auténtico.

A Carlitos Clavería, en Marburgo.

Eres como tu cofrade Masoliver, nuestro cofrade. Un olvidadizo de señas. Me gusta enormemente tu carta. Quizá la única que recibí sin pedir respuesta. Un adiós y hola, porque sí, por desinterés y amistad.

Te veo, como a Juan Ramón, enormemente colocado, y en suprema ascensión, hacia no sé qué Carmelo, y no Carmelo como ascendieron otros... ¿Acaso los que estuvieron antes que tú en Marburgo? Pero chico, ¿sabes dónde estás? ¿Pero si estás en la Meca del hispanismo republicano! ¿En la matriz de la nueva España! ¿Caiste de rodillas? ¿Te hiciste daño? ¿Lloraste de emoción? ¿Cuéntame, cuéntame, reliquias de Marburgo! Hazme el palmero, el romero de ese viaje—que tanto me obsesiona, de esa Tierra Santa, Carlitos Clavería, tan chico y tan importante palmero!

A Lladó y Malaret.

Publicaré los poemas hermosos de Malaret. A usted, Lladó, quisiera visitarle. Pero ¡tengo tan pocas ganas de visito, de moverme de mi roca!

A Joaquín Nubiola.

La persona en Barcelona que más me interesa conocer hoy es usted, Nubiola. Su carta la hubiera trascrito, por lo que significa de temple y anuncio en la nueva juventud, en la novísima, en la inédita, en la que vale todo su valor. Me pregunta por qué no me hago comunista. (Lea mi moral de lo abominable.) Creo que lo he sido siempre. Mi espíritu oriental, cristiano, euroafricano, ha sido el fondo contra el que siem-

pre he luchado y lucharé. Lo que no me convence es ese comunismo español de Ateño y tal. Creo que no basta llamarse en in, como Lenin (Maurin, Nin, Gorkin) para eso del comunismo de veras. No creo mucho en el comunismo español y, sobre todo, en el comunismo catalán. ¡Somos tan chulos, ay Lenin, en España!

Intentaré ver a Lladó y saludarle y ofrecerle mi modesta amistad.

A Adriano del Valle, en Huelva.

Pero mi querido Adriano del Valle, ¿de qué Huelva se ha sacado usted que yo le malquiera nunca? ¿Por que no le escriba? ¿No me lo güelva a decir, Adriano!

A Ramón Gijé, en Orihuela.

Le alabo esa pasión circunscrita por el Poeta de las Figuras de la Pasión. Creo que Miró agradecerá ese fervor de su localidad, de su circunscritez, ya que él era eso mismo.

¿Con qué dolor no puedo mandarles dinero para ese monumento miroiano! También me apenó profundamente el no suscribirme a las Obras completas del pobre Miró! Pensaba en lo que uno agradecería si los amigos proveyesen de ese modo dedicado a la salud de la familia, si uno muriese antes que la familia. Muchos creen que es uno rico. Pero prefiere uno pasar por avaro. Para mí es mejor pasar por avaro que por pobre en esta España de pobres generosos.

A Turlupine.

La publicación que me anuncia de "Los solitarios en las pirámides de Mirza" me hace ver con gozo que el robinsonismo cunde en España.

Al profesor Andreades, en Atenas.

Gracias por su carta desde Gibraltar. Otra vez será nuestro encuentro, admirado amigo. Salude a Nausicaa Palamas, de quien tuve una gentil tarjeta el otro día.

A un hijo de ama de cría.

A usted que, desde Oviedo, se firma sin apellido Antonio, para insultar a Marañón por conducto mío, le digo que me alegro de verle bueno y asturiano, hijo de ama de cría.

A un uruguayo con bocio.

Recibo parte de mi libro *Trabalenguas sobre España*, desgarrado y escritas todas sus páginas con estos calificativos: *Ladrón, canalla, criminal*. El autor de mis placeres —lea mi moral de lo abominable— no firma. Pero le conozco, porque sirvió de sujeto al Dr. Bonilla para sus estudios del bocio y del cretinismo en América. ¿Qué, cómo va ese bocio, amigassito?

SUMARIO DEL ROBINSON NUM. 3.

Mi oráculo manual.—El Paseante en Cortes.—Los anteojos.—El escritor Manuel Azaña, Presidente del Gobierno.—Defensa contra la reacción por falta de reacción.—La feminidad en mi República (folletín).—Bandera blanca al divorcio!—El comunismo español y madame Eluard.—El suicidio por amor.—Si usted... es decir, yo.—Defensa de Salvador de Madariaga.—En una tapia madrileña.—Tres defensas nacionales: Lo chulo, el crimen apasionado y lo cavernícola.—El terror de "lo español".—Los hijos de sus padres.—El Robinson con hispanistas.—Manifiesto: Yo soy un rabioso anticlerical.—PORZA.—Nueva moral de lo abominable.—Periódicos españoles: la Prensa nefanda y la buena Prensa.—El Congreso Hispanoamericano de Cinematografía. El Robinson ante sus amigos los artistas ibéricos.—Fortuna del Robinson.—Servicios de estafeta.—Anuncios del Robinson.

COMPANÍA GENERAL DE ARTES GRÁFICAS



Lee los Camareros de Robinson

ETERNIDADES de nuestro poeta eterno JUAN RAMON JIMENEZ

ESPAÑA del gran republicano salvador de Madariaga

PONIENTE SOLAR de Manuel Bueno, acaído Hombre del 98.

Porque te engaña tu marido de Fernando Flores soltero ingañable.

Los estados Unidos de hoy por André Siegfried dicen que es este un libro muy bonito.

LIBRERIA FE Comprad estos libros